

lar  
illán  
stray

7145 EL

MILLONARIO

Y LA

BAILARINA

Comedia  
en tres actos



LA FARSA 50 cents.

Cubierta de este número:

ANGELINA VILAR

en

"EL MILLONARIO

Y

LA BAILARINA"

"EL MILLONARIO Y LA BAILARINA"



PILAR MILLAN ASTRAY

# "El millonario y la bailarina"

COMEDIA EN TRES ACTOS

*Estrenada en Barcelona, 19 de Julio de 1929, y en Madrid  
el día 25 de Abril de 1930, en el teatro Infanta Isabel.*

DIBUJOS DE ALMADA



**LA FARSA**

Nº IV

| 7 DE JUNIO DE 1930

| NÚM. 143

MADRID

# REPARTO

---

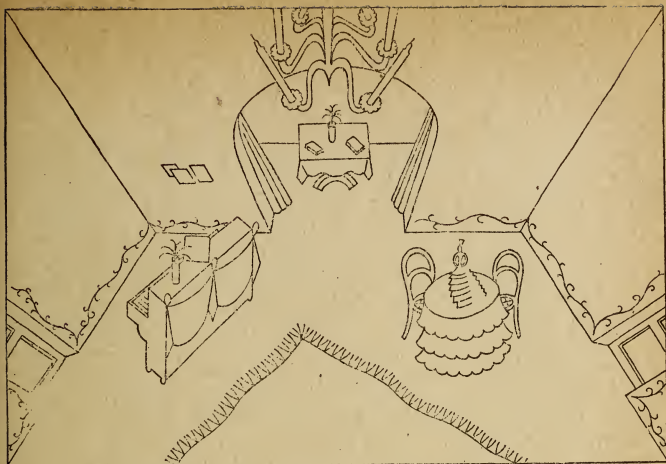
## PERSONAJES

## ACTORES

---

<i>Carmen Reyes</i> (30 años).....	Angelina Vilar.
<i>Rocío Santelmo</i> (72 años).....	Concepción Ruiz.
<i>Dalila de Sansoni</i> (55 años)....	María Bru.
<i>Elsa</i> (18 años).....	Isabel Garcés.
<i>Társila</i> (22 años).....	Adela' Santaularia.
<i>Charito</i> (15 años).....	Concepción Castañeda.
<i>Señora Manguitos</i> (40 años)....	María Francés.
<i>Paquita</i> (15 años).....	Carmen Pradillo.
<i>Mister Franc</i> (45 años).....	Alberto Romea.
<i>Miguelito Botellas</i> (50 años)....	José Isbert.
<i>Manolo</i> (25 años).....	Carlos D. de Mendoza.
<i>Rafael</i> (27 años).....	Pedro Cuenca.
<i>Juan Cruz</i> (25 años).....	Miguel Ligeró.
<i>Piombino Ventichelo</i> (52 años).	Pedro González.

*Epoca actual.—La acción en Madrid.*



## ACTO PRIMERO

---

Sala muy confortable y alegre. En el foro, puerta, y otra en cada lateral. Repartidos por la escena, camilla con faldones, sofá, butacas, sillas, un piano con flores; retratos de artistas y cuadros por las paredes con marcos sencillos. Los muebles no deben de ser muy modernos.

---

(Al levantarse el telón salen por el foro la SEÑORA MANGUITOS, PAQUITA y TARSILA; ésta viste un sencillo traje y delantal de plancha; da la sensación de que no es un portento de listeza.)

SEÑORA.—¿Tardará mucho en venir la señora Santelmo?

TÁRSI.—Lo mismo pue tardar tres minutos que tres horas.

¡Cualquiera lo endivina! Pero asiéntense y asperen, que ella tie que golver a su casa a la juerza. Para distraerse miren los monos de este papel, porque como hoy es día de plancha y una servidora tiene faena no puedo entretenerme.

SEÑORA.—Vaya, vaya a cumplir con su obligación, que nosotras esperaremos...

TÁRSI.—Pues entonces, con su permiso, me retiro. (*Vase lateral izquierda.*)

SEÑORA.—Si en vez de los tres minutos son las tres horas, nos hemos lucido.

PAQUI.—¡Por Dios, mamá, no olvides que es la ilusión más grande de mi vida! Mira cómo me late el corazón sólo de pensar que estoy en casa de la gran bailarina.

SEÑORA.—(*Le toca el pecho.*) ¡Nena, por la Virgen!, no seas tan emotiva que me asustas.

PAQUI.—La que no se emociona con el arte carece de alma.

CHARI.—(*Sale lateral izquierda. Es andaluza.*) Buenas tardes...

LAS DOS.—Muy buenas.

CHARI.—¿A quién vienen a ver? ¿A doña Rosío, a doña Carmelita, a doña Dalila, a la señorita Elsa o al señor Botellas?

SEÑORA.—A la señora Santelmo.

CHARI.—No está en casa.

SEÑORA.—¿Y crees que tardará mucho en venir?

CHARI.—Pues mire usted, eso no se lo puedo decir, porque cuando va al palacio de Vistabella no tiene hora fija para volver.

SEÑORA.—¿Toma el té con la duquesa?

CHARI.—¡Qué té ni qué mansanilla! Va a enseñarles a bailar el minué a muchas señoritas de la aristocracia.

PAQUI.—Será para esa función benéfica de que hablan tanto los periódicos.

CHARI.—Sí, señora, para una revista muy presiosa que echarán en un teatro donde irá el señorío de Madrid a verlas.

SEÑORA.—(*A Paquita.*) De aquí no salimos en toda la tarde.

CHARI.—Si tienen prisa pueden hablar con el señor Botellas.

SEÑORA.—¿Quién es el señor Botellas?

CHARI.—(*Asombrada.*) ¿No conose usted al Libélula?

SEÑORA.—En este momento no recuerdo...



CHARI.—Pues es un bailarín muy famoso que, como ya se hizo viejo para bregar por los esenarios, doña Rosío lo recogió en su casa, y va a la academia cuando ella no puede ir.

SEÑORA.—La Santelmo debe de ser muy vieja.

CHARI.—¡Cualquiera sabe la edad de las artistas!

SEÑORA.—Es cierto, no hay una que la confiese.

CHARI.—Porque ayer le pregunté a doña Dalila si habia cumplido los cincuenta, me tiró un sepillo a la cabeza, y mire usted, aun tengo el chichón. ¡Se gasta un geniesito la prima dona!

PAQUI.—¿Es otra bailarina?

CHARI.—(Con desprecio.) ¡Que va! Esa cuando joven era tiple de ópera; pero debía de haserlo muy malamente, porque no tiene ni una perra chica.

SEÑORA.—¿Vive con la Santelmo?

CHARI.—¡Digo! Chupando del bote como el bailarín! Esta casa parese el arca de Noé: hay bichos de todas clases.

PAQUI.—¿Debe de ser buenísima doña Rócío!

CHARI.—¡Una santa, y ellos, un par de gorriones que mete miedo!

SEÑORA.—¿Tú serás de la familia de la Santelmo, verdad?

CHARI.—No, señora; me trajo a su vera para enseñarme el baile fransés, porque se me murió mi pobresito papá, dejando ocho hijos... Tiene un corasón que no le coge en el pecho. Calle, que siento los pasos de Libélula! Ustedes no le digáis nada de lo que hemos hablado. Es muy lioso y me pone de charlatana que no hay por donde cogerme...

SEÑORA.—¿Qué manera de calumniar!

MIGUE.—(Sale foro izquierda. Es madrileño.) ¿Pero aun lo fuiste por el chal de la señorita Elsa?

CHARI.—Me estaban disiendo estas señoras que querían hablar con usted.

MIGUE.—Pues ya estoy aquí. Anda, lárgate a la tintorería y vuelve pronto. ¿En qué puedo servirles? (Vase Charito foro.) Comen asiento, hagan el favor.

SEÑORA.—Mil gracias... Yo soy la viuda de Serapio Mantuitos.

MIGUE.—Me suena..., me suena.

SEÑORA.—Mi marido era empleado en la casa de la Villa... Yo conocía medio Madrid.

MIGUE.—Ya decía yo que me sonaba. ¿Y de qué murió aquella bellísima persona?

SEÑORA.—De mal de piedra.

MIGUE.—¿Alguna granizada?

SEÑORA.—No, señor; acumuló tantas en el hígado que se le formó una cantera y, ¡pum!, estalló. ¡Pobre Serapio de mi alma!

MIGUE.—¡Vaya, no se aflija, que como era un santo estará en el cielo!... Y ahora dígame en qué puedo servirla a usted y a ese pimpollo que la acompaña.

PAQUI.—Es usted muy amable.

MIGUE.—Soy un fervoroso adorador de la belleza, señorita...

SEÑORA.—Lo primero que debo decirle es que venimos recomendadas por la Mariposa Azul...

MIGUE.—No caigo...

PAQUI.—Esa discípula de la Santelmo que baila en París bailes románticos con tanto éxito...

MIGUE.—(*Meditando.*) ¡La Mariposa Azul!... ¡La Mariposa!... Vaya, que no doy con ella.

PAQUI.—Es una muchacha que cuando habla parece que tiene la boca llena de sopas...

MIGUE.—¡Acabáramos! ¡La farfallosa!

PAQUI.—Baila muy bien...

MIGUE.—Regularsito nada más.

SEÑORA.—Mire usted, señor Botellas, para no andar con rodeos ni perder el tiempo, le confesaré que necesitamos ganarnos el sustento, y como mi Paquita tiene una gran afición al baile, queremos que la Santelmo le dé lecciones.

MIGUE.—Para eso tendrá Paquita que ingresar en la academia oficial, porque clases particulares hace tiempo que no las toma la señora.

PAQUI.—¡Mi gozo en un pozo!

MIGUE.—¡No hay que apurarse, nena! Cuando venga doña Rosío yo le pediré con mucho interés que la examine, y si tiene condiciones, aprenderá a bailar.

PAQUI.—¡Qué alegría!

SEÑORA.—Mi agradecimiento será eterno, señor Botellas...

MIGUE.—No hay para tanto, señora Manguitos. (*Se oye cantar un trozo de ópera.*) ¡Ay, mi madre, la prima dona! ¡Dios nos coja confesados!

DALILA.—(*Sale foro cantando; lleva sombrero.*) Buenas tardes...

PAQUI.

SEÑORA. } Muy buenas, señora.

DALILA.—(*A Miguelito.*) Supongo que llamaría usted por teléfono para saber lo que tengo que cantar en la radio.

MIGUE.—Llamé, pero no había nadie.

DALILA.—(*Furiosa.*) Diga usted que se le olvidó mi recado y excusa de mentir, señor Botellas...

MIGUE.—¡Le juro, doña Dalila!...

DALILA.—Los juramentos de usted me los pongo yo en sal... Por su descuido a estas horas aun no sé lo que voy a cantar mañana delante del micrófono. Ahora llamaré yo y verá cómo responden... Ya lo verá. (*Vase primera izquierda haciendo escalas.*)

PAQUI.—¡Jesús, qué señora más rara!

MIGUE.—Es una foca marina que no hay quien la aguante.

PAQUI.—¿Canta en la radio?

MIGUE.—Por las recomendaciones de la Santelmo berrea de vez en cuando para los radioescuchas. ¡Como no le ven la cara!  
(*Sale Carmen foro.*)

CARMEN.—Buenas tardes.

MIGUE.—Felises, maestra.

SEÑORA.—¿Es usted la Santelmo?

CARMEN.—(*Risueña.*) ¿Tantos años represento, señora?

SEÑORA.—Perdone; como el señor Botellas le llamó maestra...

CARMEN.—Soy profesora de bailes españoles.

MIGUE.—La señora quiere que doña Rosío examine a su niña para ver si tiene condiciones.

CARMEN.—¿Y por qué no fueron a la academia del teatro?

SEÑORA.—Es que pensábamos que daba lecciones particulares.

CARMEN.—¡Ya no puede con tanto trabajo!... ¡Imposible! Y usted, señorita, ¿a qué género de baile piensa dedicarse?...

PAQUI.—Me gustan con delirio las danzas clásicas.

MIGUE.—(*Guasón.*) ¡Muy divertidas! ¡Mucho!

CARMEN.—(*Señala la izquierda.*) Si hacen el favor de pasar a esa salita, el señor Botellas les avisará cuando llegue la Santelmo.

SEÑORA.—Donde usted guste, porque como vivimos tan le-

jos, sería un trastorno muy grande volver... (*Vanse Señora y Paquita por la izquierda.*)

CARMEN.—¡Pobrecilla! ¡Mira que bailar danzas clásicas para ganarse la vida!

MIGUE.—¡Chifladuras!

CARMEN.—Y es muy guapa.

MIGUE.—(*Entusiasmado.*) ¡Tú sí que eres preciosa; tú sí que vales todo el oro del mundo, tirana de mi existencia!...

CARMEN.—¡Por Dios, Miguelito!, no me mire usted con esos ojos que me da miedo.

MIGUE.—¡Miedo de mí, que soy un puro caramelo! ¡Y pensar que hay imbéciles que tienen la felicidad en sus manos y no la saben apreciar!...

CARMEN.—(*Triste.*) ¡Que la pisotean sin compasión!

MIGUE.—¡Ay, si yo tuviera veinte años menos, qué poquito te iban hacer sufrir a ti esos castigadores sin entrañas! (*Sale foro Rafael.*)

RAFAEL.—Se les saluda a ustedes.

MIGUE.—Hola, Rafaelito... (*Aparte.*) Hablando del ruín de Roma por la puerta asoma.

DALILA.—(*Sale izquierda, sin sombrero.*) Urgoiti no se movió en toda la tarde del despacho. ¡Para engañarme a mí tiene usted que nacer diez veces, señor Botellas!

CARMEN.—¿Qué canta usted mañana en la radio?

DALILA.—Tangos argentinos. Yo quería la Traviata, pero los radioescuchas piden esas canciones estúpidas... Falta de sentido artístico nada más. (*Canta.*) "Sola, fané, descangañada..."

CARMEN.—Está usted estupenda de voz.

MIGUE.—Y cantando ese tango, en su propia salsa.

DALILA.—¡Estos son simples arpegios nada más!... ¡Escarceos sin importancia!

RAFAEL.—(*Aparte.*) Te daba así...

DALILA.—(*A Rafael.*) La señora tardará en volver de la calle.

RAFAEL.—Pues la esperaré, porque me precisa hablar con ella...

CARMEN.—(*A Dalila.*) ¿Está Elsita en casa?

RAFAEL.—La acabo de ver en la Puerta del Sol con la carabina y Manolo Puchol. ¡Señores!, no hay derecho a que se lleve una mujer tan bonita un tendero tan cursi como ése.

CARMEN.—Arregla tu vida, que bastante desarreglada la tienes, y deja que los demás hagan lo que mejor les parezca.

RAFAEL.—Yo creo que puedo dar mi opinión, como tú puedes dar la tuya.

DALILA.—Ese tendero cursi es dueño de tres grandes almacenes en Madrid, una fábrica de géneros de punto en Sabadell y muchos miles de duros en el Banco de España.

RAFAEL.—Usted, negocio y pesetas...

DALILA.—Y usted, como buen holgazán, guitarreo y ¡viva tu mare!

RAFAEL.—(*Furioso.*) Yo sé trabajar como el primero.

DALILA.—Con los dientes...

RAFAEL.—¡No falte, señora, que a usted nadie la ofendió!...

TÁRSI.—(*Desde foro.*) Por el teléfono llaman a doña Dalila. (*Vase.*)

DALILA.—Voy corriendo... Y no se exalte, caro amigo, que la cosa no merece la pena. (*Vase haciendo escalas.*)

RAFAEL.—Un día voy a cortarle el pico a este loro para que deje de chillar...

MIGUE.—¿No ves que el padre de Manolo Puchol fué pretendiente suyo en illo ténpo, en Barcelona?

RAFAEL.—Es una mujer insoportable.

MIGUE.—(*Con desprecio.*) ¡Una fracasada!

RAFAEL.—¡Que yo le estropeo la combinación de casar a la niña con el almacenista de calcetines es viejo!...

CARMEN.—Si la señora se entera de la guerra que le haces a Manolo te planta en la calle.

RAFAEL.—¡Adiós!

CARMEN.—No sabía que tus rentas te permiten despreciar el sueldo que te dan en la academia que ella dirige.

RAFAEL.—Tú estás en contra mía porque un chismoso te fué con un cuento...

MIGUE.—Dirige la vista hasia otro lado, que yo no he contado nada...

RAFAEL.—El que tiene la cola de paja se quema.

MIGUE.—¡Uy!, ¡uy!, ¡uy!... Un servidor emprende el vuelo porque la tormenta se avichina, y el hijo de Cipriano Gutiérrez no sirve de cabeza de turco. (*Vase foro.*)

RAFAEL.—¿Te interesa a ti mucho Manolo Puchol?

CARMEN.—¡Muchísimo! Es un hombre honrado y trabajador

que le declararás la guerra todos los que nunca os podréis igualar a él. ¿Está bien dada mi respuesta?; porque si no me entiendes, te lo diré más claro.

RAFAEL.—Mira, Carmelita, no perdamos el tiempo hablando de tonterías y vamos a hacer tú y yo las paces ahora mismo... Para qué ocuparnos de los demás si con nosotros tenemos bastante..., ¿quieres, reina?

CARMEN.—(*Friamente.*) Aquello terminó para siempre, Rafael...

RAFAEL.—¡No te pongas tan seria, que me lo voy a creer de verdad!

CARMEN.—Risueña o triste, es mi última palabra...

RAFAEL.—¿Pero se puede saber la calumnia que te han contado?

CARMEN.—Lo que tienes que aprenderte de memoria para no olvidarlo en tu vida es que aun no ha nacido el hombre que a Carmen Reyes la haga de menos con otra mujer.

RAFAEL.—(*Furioso.*) ¡Miente descaradamente quien te haya dicho eso!...

CARMEN.—¡Cínico! ¡Cínico! (*Saca del bolso un retrato.*) ¿Nunca pensaste que este retrato llegara a mi poder, verdad?

RAFAEL.—(*Azorado.*) ¡Esa fué una broma!...; entramos varios amigos en una fotografía de la calle de Carretas...

CARMEN.—(*Irónica.*) ¡Y te retrataste tú con Perlita Ruiz, mirándola amorosamente a los ojos! (*Lo rompe.*) ¡Qué bromas más inocentes gastas, Rafael!

RAFAEL.—La culpa la tuvo Pepe Ramos.

CARMEN.—No enjaretas más mentiras, porque la misma Perlita me lo contó todo... Esa mujer descorrió el velo que cegaba mis ojos, y has caído desde muy alto para no volverte a levantar en la vida...

RAFAEL.—Te juro por la gloria de mi madre que para mí no hay en el mundo más perla ni más brillante que tú...

CARMEN.—Y yo te juro por la memoria de la mía que hemos terminado para siempre...

RAFAEL.—¡Dejemos correr el tiempo!

CARMEN.—Dejémosle correr, es lo mejor.

MIGUE.—(*Sale foro.*) ¡Que viene la señora!... (*Mutis.*)

Rocío.—(*Sale foro con Dalila y Tarsila.*) Buenas tardes, hi-

jitos... Toma Társila, guarda' mi capota en su caja para que no coja polvo.

DALILA.—Ponte bien la cofia.

TÁRSI.—Si es que se me cae.

DALILA.—Pues clávatela con un clavo en la testa.

(*Vase foro Társila.*)

Rocío.—¿Cómo tú por aquí, Rafaelito?

RAFAEL.—Vine para anunciarle una visita de un antiguo admirador de usted.

Rocío.—¿Dónde me conoció?

RAFAEL.—En Londres.

Rocío.—¿Cómo se llama?

RAFAEL.—Míster Franc Gualter.

Rocío.—¡No recuerdo! ¡Me han presentado tantos en esta vida! ¡Reyes, príncipes, diplomáticos! ¡Muchos, muchos!

RAFAEL.—Es un yanqui multimillonario que está recorriendo el mundo en un magnífico yot de su propiedad.

DALILA.—¿Y llega por el Manzanares?

RAFAEL.—No se guasee usted, señora, que es un hombre muy amantísimo de España.

DALILA.—¡Si no me guaseo!

RAFAEL.—Me lo presentó Juanito Cruz en una espléndida fiesta que nos dió en el Ritz...

Rocío.—¿Quién es Juanito Cruz?

RAFAEL.—Un muchacho malagueño que vino con el americano para enseñarle las preciosidades que encierra la Corte.

Rocío.—Supongo que no me habrá catalogado a mí entre ellas, porque en cuanto me vea el yanqui se desmaya...

RAFAEL.—Usted, señora, es una vieja reliquia ante la cual se tienen que inclinar todos los amantes del arte y...

Rocío.—(*Amoscada.*) ¡Basta! No me echés más incienso, porque en tu boca no tiene mérito...

RAFAEL.—¡Doña Rocío!

Rocío.—Sí, hijito, sí; cuando quieres conseguir algo tus alabanzas agobian.

CARMEN.—¿Cómo lo conoce usted, señora!

MIGUE.—(*Aparte.*) ¡Lo de vieja reliquia le llegó al alma!

Rocío.—Bueno, dime claramente lo que quieres de mí.

RAFAEL.—Míster Franc desea venir a ofrecerle sus respe-

tos y pedirle permiso para ir a una clase de los bailables de ópera en el teatro...

Rocfo.—Ya sabes que tengo terminantemente prohibido que entren visitas cuando están las discípulas bailando. Hay doscientas niñas que se alborotan como pájaros al ver gente extraña.

RAFAEL.—(*Apurado.*) Entonces, ¿le digo que no puede ser?...

Rocfo.—¡Ya que te comprometiste, por esta vez... pase!

RAFAEL.—¡Muchas gracias!... ¡Es usted más buena!

MIGUE.—¡Me alegro que los extranjeros vean que en España también se sabe enseñar a bailar finamente!

Rocfo.—¿Dices que vendrá luego a saludarme ese caballero?

RAFAEL.—Sí, señora, con Juanito Cruz.

Rocfo.—(*A Miguelito y Dalila.*) Vosotros, que tenéis tan buena memoria... ¿De qué conozco yo a Juanito Cruz?

MIGUE.—¡Pues ahí va la fecha! Juanito Cruz era un rico bodeguero de Málaga.

DALILA.—Aquel andaluz tan guapo que estaba enamorado de ti.

MIGUE.—Y que le regalaba unas botellas de Jerez que quitaban el hipo.

DALILA.—Que usted se bebía bonitamente.

MIGUE.—Ayudado de su persona.

Rocfo.—(*Evocando.*) ¡Me acuerdo! ¡Me acuerdo! ¡Pero aquel muchacho murió hace tiempo!...

MIGUE.—Y este es el nieto, que le está dando viento fresco a la fortuna que dejó su abuelo, porque el niño es de lo más juerguista que hay en el globo terráqueo.

RAFAEL.—(*Lo mira furioso.*) Tú qué sabes si no has estado en Málaga hace un siglo...

DALILA.—(*Guasona.*) Cuando el señor Rafael saca cara por él, será una excelente persona, no dudarlo.

Rocfo.—(*Evocando.*) ¡Qué arrogante era su abuelo! Mira, me alegro de conocer al nieto. Este Miguelito tiene muy mala lengua, critica de todo el mundo.

MIGUE.—Retiro lo dicho, señores. La fama es muy engañosa y a lo mejor ese niño nos resulta un frailesito... ¡A mí, plín!

Rocfo.—¿Por qué Juanito Cruz es amigo del yanqui?

RAFAEL.—Como su madre era inglesa, sabe el inglés como



*Chespejare*, y cuando llega a Málaga algún mister de pos-tín ya está él siendo su íntimo amigo... ¡Está tan bien educa-do! ¡Es tan correcto!

DALILA.—Tengo ganas de conocer a esa joya que nos está usted engarzando en platino...

RAFAEL.—Pues la voy a complacer muy pronto, porque me esperan en Pidú. Hasta luego, señores. (*Va hacia foro.*)

MIGUE.—(*Bajo a Rafael.*) ¡Mira que ese malagueñito es un punto muy peligroso!

RAFAEL.—¡Con las ganas que te tengo, como no calles te re-tuerzo el pescuezo! (*Vanse hablando los dos foro.*)

DALILA.—¡Las vueltas que da el mundo! ¡Quién te iba a ti a decir que el nieto del andaluz vendría a tu casa!...

Rocío.—¡Qué simpático era aquel hombre!

MANOLO.—(*Sale foro.*) Buenas tardes, señoras...

Rocío.—¿Dónde está Elsa?

MANOLO.—Fué a su habitación a quitarse el sombrero.

DALILA.—¿Qué te sucede, que traes esa cara tan triste?... ¿Pelea con Elsita, verdad?

MANOLO.—¡Se enfada por todo y no me quiere hablar...

DALILA.—Está muy mimada.

Rocío.—No te apures, porque en el fondo es buenísima. (*Sale Elsa foro.*) Ven aquí en seguida a hacer las paces con Manolo.

ELSA.—¡Es muy fastidioso, madrina, muy tonto!

MANOLO.—Déjela, doña Rocío, que ya se le pasará. ¿Quiere-n ustedes ir esta noche al teatro?

CARMEN.—En la Zarzuela hay opereta.

DALILA.—Una nueva preciosa. Yo iré encantada.

ELSA.—(*A Manolo.*) Pues por mí no te molestes en comprar localidades.

Rocío.—No le hagas caso, que irá.

ELSA.—Como sabe que me gusta el cine, ofrece el teatro.

DALILA.—No seas mal criada, nena.

Rocío.—¡Ya salió el cine, que odio, que aborrezco!

DALILA.—¡Una buena música que llegue al corazón... ¡Aque-lla Aida, aquella Africana!... ¡Son inmortales!

Rocío.—Cuando voy a la ópera se me quitan cincuenta años de encima.

ELSA.—Pues yo no siento esos entusiasmos de ustedes por

el teatro. En cambio, una película moderna me vuelve loca. ¡Saber expresar con el gesto lo que el arte nos hace sentir! ¡Qué ilusión más grande ser una Greta Garbo! ¡Cómo me enamora Chon Gilbert!

CARMEN.—(*Bajo.*) ¡Nena, por Dios!

DALILA.—¡Calla y no disparates, que pareces una poseída diciendo esas cosas!

MANOLO.—¡Déjela usted que vuelva a repetir lo que dice a todas las horas del día, que nos cuente que tiene en su gabinete el retrato de Adolfo Menjou y que rodeó de siemprevivas el de Rodolfo Valentino. ¡Déjela usted que lo vuelva a contar, aunque a mí me haga mucho daño oírla!

ELSA.—(*Irónica.*) ¡Te hago sufrir horrores!

DALILA.—(*Aparte.*) ¡Este póvero enamorado tiene más paciencia que un santo!

Rocío.—¡No sabe lo que dice!

MANOLO.—Sé que son niñerías propias de las muchachas de estos tiempos. ¡Pero me hace padecer con ellas! ¡Quizá por eso las diga.

ELSA.—(*Levantándose.*) Si volvemos a empezar me voy a mi cuarto... He tenido bastante y sobrante con la lata de esta tarde.

MANOLO.—(*La coge.*) No, Elsa, no; vas a quedarte tranquila, porque yo he de estar en el despacho a la hora que llega mi padre de Barcelona...

DALILA.—¡Pues enfadados no os separáis de ninguna manera! ¡Vaya!

Rocío.—(*A Elsa*) Ven aquí, que te quiero decir bajito una cosa. (*Hablan bajo Carmen, Elsa y Rocío.*)

DALILA.—(*Bajo a Manolo.*) ¡No seas tan tímido, que a las mujeres les gustan los hombres que sean muy hombres, ¡que sepan dominar!

MANOLO.—¡No sé lo que me sucede!; delante de ella me siento apocado, y es que, como la quiero con toda mi alma, temo ofenderla.

ELSA.—(*Más dulce.*) Trae un palco para la Zarzuela. Carmen vendrá con nosotros...

DALILA.—¡Así me gusta!

MANOLO.—A las diez vendré en el auto por ustedes. Adiós, doña Rocío.

Rocío.—Da recuerdos a tu padre.

DALILA.—(*Bajo, dándole la mano.*) Fortaleza, Manolo, fortaleza, que si no estás perdido.

MANOLO.—Adiós, Carmelita. ¡No te enfades conmigo, mal genio! (*Le da la mano a Elsa.*)

ELSA.—(*Fría.*) Es que eres pesadísimo.

DALILA.—(*Aparte.*) ¡Con este merengue de fresa no haremos nada!

(*Vase Manolo foro.*)

Rocío.—¡No está bien lo que haces, nena, no está bien! Manolo es un muchacho buenísimo.

ELSA.—Un latoso que no sabe hablar más que de las fábricas que tiene su papá en Cataluña.

CARMEN.—Pues cuando te pretendía me dijiste que te gustaba mucho.

ELSA.—Pero después, al ponernos en amores, he visto que nuestros caracteres no congenian.

DALILA.—¡Novelerías! A ti sólo te gustan los pollos modernos, que no saben hablar más que de spores y de simplezas, y Manolo Puchol es chapado a la antigua. Trabajo, honradez y dinero positivo. ¡Ahí, ahí está la verdadera felicidad, picola bambina!

ELSA.—Tú piensas así porque cumpliste los cincuenta y cinco.

DALILA.—(*Furiosa.*) ¡Echame setenta! ¡Puesta a aumentar!

Rocío.—Conozco muchachitas de tu edad muy sensatas que piensan igual que Dalila.

DALILA.—(*Aparte.*) Vuelve por otra.

ELSA.—(*Nerviosa.*) Yo no nací para' morirme de tedio mientras mi marido se pasa la' vida examinando los libros de caja. Prefiero mil veces quedarme soltera que casarme con ese sosaina.

DALILA.—¡Ya se espabilará, no tengas miedo!

CARMEN.—¡Un hombre bueno y trabajador que nos quiera con toda su alma! ¡Tú qué sabes lo que eso vale, nena!

Rocío.—¡Morir yo tranquila viéndote protegida por tan bellísima persona!... ¿Pero lloras? ¡No me llores, por la Virgen Santísima, que tú eres lo único que tengo en el mundo!

DALILA.—(*Aparte.*) ¡A esta niña le pasa algo raro!

Rocío.—(*Cogiéndola.*) ¡No ves, amor mío, que yo sé por

experiencia a lo que está expuesta una mujer hermosa que camina sola por la vida? ¿No sabes que las flores que le ofrecen unos y otros vienen llenas de espinas? Yo fui un espíritu fuerte que supo resistir las tentaciones; tú eres una niña inocente y toda corazón... ¡No quiero pensar lo que será de ti el día que yo te falte! ¡No quiero pensarlo! (*Llora.*)

DALILA.—(*Da un fuerte suspiro.*) ¡Ay, Santa Madona, qué pena! (*Llora.*)

ELSA.—¡Ya están las dos llorando; me da una rabia!

CARMEN.—Anda, vamos un ratito a tu cuarto... ¡Piensa que todo te lo dicen por tu bien!

ELSA.—(*Llorando.*) ¡Ha de ser lo que ellas quieran, y a mí no me gusta ese... tonto!...

CARMEN.—¡Cuánto mimo, señor, cuánto mimo! (*Vanse las dos primera izquierda.*)

Rocío.—¡Ay, Dalila de mi alma, qué poco saben lo que sufre una mujer sola por esos mundos de Dios!

DALILA.—Y que todas lloraran con los ojos de Rocío Santelmo, porque si fueran a llorar con los de Policarpa Cabezones, las cataratas del Niágara serían dulces arroyuelos...

Rocío.—Es cierto; fuiste bien poco afortunada en tu carrera artística. ¡Pobre Policarpa!

DALILA.—¿Te acuerdas de aquel patatazo que me tiraron a la cabeza en Marsella cuando cantaba la cavatina del Barbero?

Rocío.—¡Qué susto me llevé!; por poco te dejan en el sitio.

DALILA.—(*Furiosa.*) ¡Brutos! ¡Animales! ¡Poca cultura!

Rocío.—En mi vida vi más hortalizas sobre un escenario.

MIGUE.—(*Sale corriendo primera izquierda.*) ¡Se nos ha olvidado que esperan dentro de la salita la viuda de Manguitos y su niña!

DALILA.—Pues ya deben de haber echado raíces.

Rocío.—Pero, ¡ay!, nenita, ¡qué descuido tan grande el vuestro!

DALILA.—Eso cuéntaselo al señor Botellas, que nunca se acuerda de nada.

Rocío.—Hasta que yo me canse y haga lo que debo hacer.

MIGUE.—(*Aparte.*) ¡Un día la lisio! ¡Maldita sea su estampa! (*Desde lateral izquierda.*) ¿Tiene usted la bondad de venir, señora Manguitos?... En este mismo momento acaba de llegar la señora de la calle.

(*Salen Paquita y Señora.*)

Rocfo.—Tomen asiento... Ustedes dirán en qué puedo servirlos.

MIGUE.—La señora desea que usted le haga el favor de examinar a su niña.

Rocfo.—¿En qué clase de baile?

PAQUI.—Danzas clásicas.

DALILA.—(*Aparte.*) ¡Vas buena!

Rocfo.—¿Bailó alguna vez en público?

PAQUI.—En el teatro del colegio nada más.

Rocfo.—¿Cuál es su danza favorita?

PAQUI.—“El fantasma de la necrópolis y las angustias de Poncio Pilatos”.

MIGUE.—¡Muy alegre!

SEÑORA.—Cuéntale también a la señora que saliste vestida de Sumo Sacerdote y que danzaste delante de las tablas de la ley... El alcalde, que asistía a la fiesta, al verla tan propia, la felicitó entusiasmadísimo.

MIGUE.—Entonces ya está consagrada, porque los alcaldes entienden mucho de danzas.

Rocfo.—Ahora veremos si mi opinión es igual a la del señor alcalde.

PAQUI.—(*Avergonzada.*) Delante de usted me va a dar muchísima vergüenza.

MIGUE.—Después de haber bailado delante de Moisés...

DALILA.—No se azare, que doña Rocío con poco tiene bastante.

Rocfo.—Dalila, haz el favor de tocar una pavana para que Miguelito le haga dar a esta señorita unos pasos de danza... ¡Es muy sencillo, no se asuste!...

SEÑORA.—¡Cuánta amabilidad!...

MIGUE.—(*A Dalila.*) Toque una de ritmo cadencioso.

DALILA.—(*Sentándose al piano.*) ¿Te parece bien “Adiós mis ilusiones”?

MIGUE.—¡Estupenda! Esa es muy a propósito para el caso. ¡Animo, Paquita!, y a imitarme a mí en todos los movimientos. (*Baila.*) ¡Los brazos graciosos!, pie derecho adelante..., flexibilidad en la figura..., ¡mucho ritmo!

Rocfo.—¡Gracia, niña..., más gracia! Parar; con lo visto tengo bastante...

(*Para la música.*)

SEÑORA.—(Con afán.) ¿Qué le parece?

ROCFO.—(Sonriendo.) ¡Que los alcaldes entienden poco de danzas!

PAQUI.—Es que esa señora pierde mucho el compás.

DALILA.—¡Ay qué nena más guapa! ¡Echa la culpa de su torpeza a mi manera de tocar! ¡Tiene chiste la cosa..., tiene chiste! (Ríe.)

SEÑORA.—(Amoscada.) Toca usted desastrosamente el piano, señora.

DALILA.—(Con desprecio.) Tocaba al degaíre porque tengo la seguridad de que su niña no podrá bailar en su vida más que de enano en las procesiones del Corpus.

ROCFO.—¡Dalila!

MIGUE.—¡Paquita estaba azarada!

DALILA.—Por ahora no se le pide su opinión, señor Bottellas.

ROCFO.—¡No enfadarse! Mañana lleve usted a la academia a su hija y allá veremos lo que se hace.

SEÑORA.—Muchas gracias. Porque mi Paquita sirve. ¿Verdad que podrá ser bailarina, doña Rocío?

ROCFO.—Veinticinco años llevo de maestra de baile y aun no logré convencer a ninguna madre de que su hija no había nacido para el arte... Mañana, de seis a ocho, la espero en el teatro.

SEÑORA.—¡Qué agradecida le estoy!

ROCFO.—Se hará lo que se pueda... Vaya tranquila... Adiós... Adiós...

MIGUE.—Por aquí..., tenga la bondad. La niña balla y la mamá también balla. (Vanse Señora, Paquita y Miguelito foro.)

ROCFO.—Eres muy dura para tratar a todo el mundo... ¡No se puede ser tan clara, Dalila, no se puede!...

DALILA.—Más favor les hago yo con mis brusquedades que tú con tus dulzuras mentirosas. ¿A qué hacerle perder el tiempo a esa pavisosa? ¿A qué?

ROCFO.—¡La necesidad es tan negra!

DALILA.—¡Pues aconséjala que aprenda un oficio! ¡Pero nunca que sea bailarina! Hablo por experiencia, bien lo sabes tú. ¿Te acuerdas de mi madre? ¡Policarpa! es un ruiseñor! La Pati en miniatura, y después vengan patatazos en la cabeza.

CHARI.—(*Sale foro.*) Buenas tardes. ¿Cómo están ustedes?

ROCFO.—¿Por qué no fuiste al teatro a dar la lección?

CHARI.—(*Es andaluza.*) Porque me dolía mucho esta pier-  
na y no podía bailar.

ROCFO.—No digas embustes.

CHARI.—Le juro a usted por su saludita...

ROCFO.—Deja en paz mi saludita, y no eches en olvido que como vuelvas a poner el pie para que la Mari Galante se caiga de narices, te despido de la academia y te mando a' Granada con tu madre.

CHARI.—¡Pero si esa pasmá siempre que hasé puntas en los bailables de Hugonotes pierde el equilibrio!... ¡Mira que ponerle el pie!... ¡Es más mentirosa!...

ROCFO.—Y tú más mala que un dolor.

DALILA.—¿Qué traes en ese paquetē?

CHARI.—Un chal que me mandó recoger del tinte la señorita Elsa.

ROCFO.—Llévalo a su habitación y después vuelve aquí.

CHARI.—(*Aparte.*) ¡Cuando coja a la Mari Galante la hago porvo! (*Vase primera izquierda.*)

DALILA.—Tengo atravesada a esta andalucita. ¡Es que no la puedo tragar!

ROCFO.—¡Pero hija, le tienes declarada guerra a muerte a la humanidad!... ¡Es que no transiges con nadie!

MIGUE.—(*Sale foro.*) ¡Ya están ahí! ¡El yanqui trae un auto que quita la cabeza!

DALILA.—¡Veremos lo que resulta de todo esto!

(*Salen foro Rafael, Juan y mister Franc, que lleva en la mano un ramo de flores.*)

RAFAEL.—Tengo el gusto de presentar a ustedes a la célebre Rocío de Santelmo, Dalila de Sansone, el señor Botellas; don Juan Cruz, mister Franc Gualter.

FRANC.—(*Tiene acento norteamericano.*) Siempre fui un devoto admirador de la eminente estrella, y es para mí un gran honor conocerla personalmente. (*Le besa la mano y le da el ramo.*)

ROCFO.—¡Ahora' sólo soy una vieja ruina, mister Franc. (*Huele, coqueta, las flores.*)

FRANC.—Las grandes artistas no envejecen nunca; en su juventud arrebatava a los públicos con su divino arte... En

el ocaso lo infiltra en sus discípulas para que siga' brillando. Rocío de Santelmo no morirá jamás, señora.

DALILA.—(*Muy tierna.*) ¡Qué galante y qué amable es este americano!

Rocío.—(*A Juan.*) Conocí mucho a su abuelo; fué muy buen amigo mío y un fervoroso amante de la ópera.

JUAN.—(*Es andaluz.*) Desde muy niño oí hablar de su arte con verdadero entusiasmo. Créame que me siento encantado de conocerla, señora. (*Le besa la mano.*)

CHARI.—(*Sale primera izquierda.*) Ya estoy aquí.

Rocío.—Que mañana asista's puntual a la clase.

JUAN.—(*Bajo a Rafael.*) ¡Qué cosa más bonita!

FRANC.—(*A Rocío.*) ¿Es una pequeña discípula?

Rocío.—Sí, señor; una mñuchachita' que tomé bajo mi protección.

FRANC.—(*Se acerca.*) ¿Cómo te llamas?

CHARI.—Charito Jiménez, para servir a Dios y a usted.

FRANC.—¿Quieres ser bailarina de ópera?

CHARI.—¡Qué va! Mi madre es la que se empeña, pero yo ni pensarlo. A mí me gustan las bulerías gitanas, la sambra, las seguidillas. Toíto lo que sea español y que sepa a mi tierra!

FRANC.—Admiro mucho a la bella Andalucía, sus cantos y sus bailes.

CHARI.—Usté, como buen inglés, se pirra por to lo nuestro. ¡Hay que verlos embobaos mirando a' la Alhambra! Yo tengo mucha' simpatía por los mistres. Mi paresito que esté en gloria fué siserone y se ganaba las pesetas a puñaos porque tenía una grasia muy grande pa sacarles a ustedes los cuartos hinchándolos a mentiras...

DALILA.—(*La empuja.*) Estúpida, tienes menos sesos que un mosquito.

FRANC.—(*Ríe.*) ¡Qué graciosa es Rosarito Jiménez! Mañana te regalaré una grande caja de marrones.

CHARI.—Muchas gracias. ¡Y no se enfade por lo que antes le dije..., porque usté no es inglés! ¡Poquito bien que distinguimos las granadinas a los extranjeros! ¡Los yanquis son risueños y alegres como los andaluses!

FRANC.—(*A Rocío.*) ¡Es muy inteligente!



CHARI.—Oiga, en vez de marrones, tráigame pastillas de café con leche, que me gustan mucho. ¡Soy más golosa!

ROCFO.—Lo que tú eres es muy charlatana.

DALILA.—Vete a tu casa, niña, que ya has disparatado bastante.

CHARI.—Muchísimo gusto en conocerlo, y a ver si no se le olvida lo prometido.

FRANC.—No tengas miedo, Charito; los americanos no decimos mentiras como los cicerones granadinos.

CHARI.—¡Ay qué ánge tiene, maresita mía! ¡Ol ray! (*Vase saltando foro.*)

FRANC.—¡Qué ingenuidad más encantadora! (*Sale Carmen foro.*) ¡Qué espléndida mujer!

JUAN.—Caramba, Carmelita Reyes. (*Se saludan.*)

ROCFO.—Es la segunda profesora de la academia. ¡Una gran bailarina! Ven, Carmelita, que te voy a' presentar a este señor... Carmen Reyes, profesora de bailes españoles; míster Franc Gualter.

CARMEN.—Tanto gusto. (*Le da la mano.*)

FRANC.—Es usted una' belleza que honra su patria. ¡Se llama Carmen y baila flamenco! Rafaelito Juncal, fuiste muy malo al no advertirme que había otra profesora de baile tan gentil; pero mañana tendrá usted una corbell de claveles que la traerán entre cuatro hombres... Es una' grande falta la mía. ¡Perdón!

DALILA.—(*Áparte.*) ¡Y a mí que me parta una centolla!

CARMEN.—Por Dios, no se moleste, que yo se lo agradezco lo mismo.

FRANC.—¿Baila usted en algún teatro de Madrid? Quiero saberlo para ir a admirarla.

CARMEN.—Ahora no bailo en público. En los escenarios hay muchas envidias y le juegan a una partidas muy serranas.

FRANC.—Esas partidas de la sierra se juegan en todos los lugares del globo... Yo soy muy aficionado al baile. En Norte América hay grande entusiasmo por todo lo español, y mi corazón late emocionado oyendo vuestra' música. Yo soy un grande enamorado de España.

MIGUE.—(*Áparte.*) ¡Mi abuela, qué expresivísimo es el míster!

JUAN.—Oiga, míster Franc, ¿por qué no aprende a bailar

flamenco y cuando llegue a su tierra da una fiesta y se presenta vestido de majo, arrancándose por peteneras?

FRANC.—¡Eres colosal, Juanito! ¡Yo soy muy alegre! ¡Yo tengo un corazón juvenil y entre vosotros soy muy dichoso!

CARMEN.—¡Qué simpático!

MIGUE.—(A Juan.) Estos misteres son la mar de campechanos.

DALILA.—¡Cuántas pesetas debe de tener!

JUAN.—Pues hay que animarse, y la propia Carmen le dará lecciones con su gracia gitana.

CARMEN.—¡Encantadísima!

FRANC.—¡Oh!, es usted gitana.

CARMEN.—Por parte de padre, sí, señor.

MIGUE.—Es hija de Cayetano Reyes, un famoso torero que fué el ídolo de las multitudes.

FRANC.—Un fenómeno, ¿no se dice así?

MIGUE.—Sí, señor; hija de un verdadero fenómeno, esa es la palabra.

FRANC.—Esto ya es más que interesante. Es interesantísimo. ¿Es usted también toreador, señorito Botellas?

MIGUE.—Algunas veces me lansé a la plaza. ¡Todos los españoles llevamos ese arte dentro del alma!

RAFAEL.—El señor es un célebre bailarín.

FRANC.—¡Qué ambiente más sugestivo me rodea! ¡Todos son artistas! Gracias, Rafaelito Juncal, por haberme presentado a tus amigos. ¡Yo quiero aprender a bailar flamenco, yo quiero arrancarme por peteneras vestido de majadero!

JUAN.—Eso, de majadero estará usted estupendo.

CARMEN.—¡Olé los americanos castizos!

RAFAEL.—¡Y que no va a estar garboso en las sevillanas! Vengan esos cinco, mister Franc... Yo tocaré la guitarra, porque la toco...

FRANC.—Como los propios ángeles; ya me lo dijiste ayer en los toros, Rafaelito Juncal. (Mira los retratos.)

DALILA.—(Aparte.) ¿Le habrán dicho que canto?

ROCÍO.—(Señalando los retratos.) Discípulas mías.

CARMEN.—(Aparte.) Voy por Elsa para que conozca a este señor tan famoso. (Vase foro.)

FRANC.—¡Qué bella pos! ¡Qué espléndidos brazos!

Rocío.—Es Pastora Imperio.

(*Siguen viendo.*)

JUAN.—(*Bajo a Rafael.*) ¿Pero sale o no sale esa nena?

RAFAEL.—(*Mira foro.*) ¡Calla, que viene con Carmen! Ten cuidado, que la Sansone es muy larga y protege al novio.

DALILA.—Habla usted muy bien el español.

FRANC.—Lo estudié con mucho cariño. Pero, ¿y la linda Carmen? ¿Se marchó sin decirme adiós?

CARMEN.—(*Sale foro con Elsa.*) ¡Qué disparate! ¡Aquí me tiene usted!

FRANC.—(*Con gran sorpresa.*) ¡Elsa Petrosqui! ¡Tú aquí!

ELSA.—(*Con afán.*) ¿Conoció usted a mi madre?

FRANC.—¡Yes!

Rocío.—¿Es su vivo retrato? ¿Verdad?

FRANC.—(*Coge las manos de Elsa.*) ¡Asombroso! No vi en mi vida mayor parecido. ¿Está Elsa también entre ustedes?

ELSA.—¡La' perdí para siempre cuando yo tenía tres años!

Rocío.—Vino a Madrid a cantar la Tosca con Anselmi, y al salir una noche del teatro Real cogió una pulmonía y murió. Yo prohibí a' su hijita, y desde entonces la quiero como si fuera mía.

FRANC.—(*Emocionado.*) ¡Bellos sentimientos! ¡Hermoso corazón! ¡Yo estoy muy emocionado! ¡Yo quiero ser muy buen amigo suyo! (*Coge las manos de Rocío.*)

DALILA.—(*Llorando.*) ¡Yo también quería mucho a la Petrosqui!... ¡Mucho!

MIGUE.—¡Estoy que se me puede ahogar con un cabello. ¡Qué escenita!

RAFAEL.—(*Bajo.*) No se moleste en llorar, doña Policarpa, que el yanqui no se fija en usted.

DALILA.—(*Para de llorar.*) ¡Insolente!

CARMEN.—¡Fuera tristezas para que míster Franc vuelva a estar contento!

FRANC.—(*Rehaciéndose.*) Tiene razón Carmelita. Lo pasado, pasado, y viva el risueño presente.

Rocío.—Va usted a probar un vino y unos dulces que me mandaron de Sevilla. Anda, Miguelito, hazme el favor de decir a Társila que nos sirva jerez y las yemas de San Leandro.

(*Vase foro Miguelito.*)

FRANC.—Estoy encantado de la amabilidad de ustedes.

DALILA.—(*Coqueta.*) Hay quien todo se lo merece.

(*Rafael la mira con guasa y ella a él con ira.*)

JUAN.—(*Bajo a Elsa.*) ¿No esperaba' usted verme en su casa, verdad?

ELSA.—Estoy aturrida con la sorpresa. ¡Eres atrevidísimo!

JUAN.—(*Con calor.*) Me da el corazón que vamos a querernos mucho, nena de mi alma...

ELSA.—¡Disimula, por Dios te lo pido!

RAFAEL.—(*Aparte.*) ¡Adiós, Manolito Puchol! ¡Me alegro de verte bueno!

(*Salen foro Társila y Miguelito con bandejas con botellas, vasos y dulces.*)

MIGUE.—Van ustedes a probar el néctar de los dioses. ¡Esto es gloria bendita, señores! (*Sirve.*) Ande, doña Dalila, amenice el acto con un poquito de música.

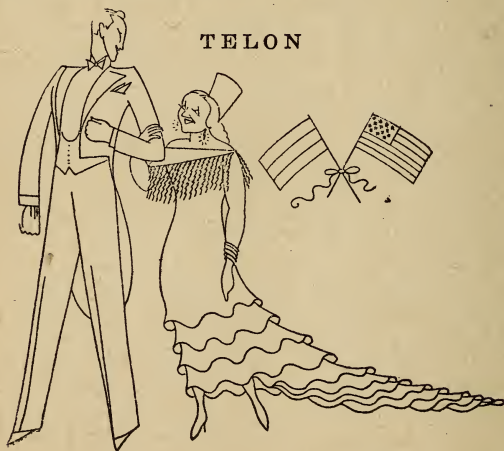
(*Toca Dalila el piano.*)

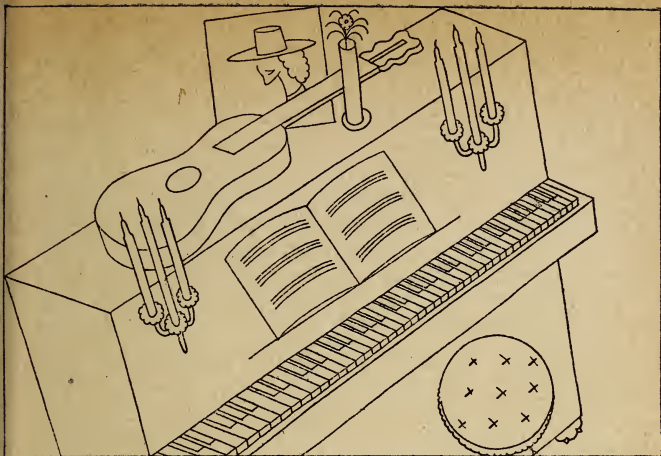
FRANC.—¡Bebamos el néctar de los dioses para que nuestra amistad sea eterna!

CARMEN.—(*Brinda.*) ¡Por la gran simpatía de míster Franc!

FRANC.—(*Mira a Carmen fijo.*) ¡Por los divinos ojos de Carmelita' Reyes!

(*Rafael los mira sombrío.*)





## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración que en el acto anterior. Al levantarse el telón, ROCIO y DALILA están medio dormidas en dos butacas. TARSILA recoge silenciosamente en una bandeja las tazas de café que hay sobre la camilla y vase foro. ELSA lee una poesía de Campoamor.

ELSA. Al comenzar la noche de aquel día,  
Ella, lejos de mí,  
¿Por qué te acercas tanto?, me decía!  
¡Tengo miedo de ti!

DALILA.—(*Medio dormida.*) ¡Qué versos más ideales!; sigue, nena, sigue, que no me duermo...

ELSA. Y después que la noche hubo pasado,  
Dijo cerca de mí:  
¿Por qué te alejas tanto de mi lado?  
¿Tengo miedo sin ti!

(Se oye un prolongado ronquido de Dalila; Elsa mira a las dos y vase de puntillas por lateral izquierda. Suenan tres campanadas en el reloj.)

MIGUE.—(Sale foro; lleva una gruesa cadena de reloj y sortijas.) ¡Están roque las dos! (Ronca Dalila.) ¡Repámpano! La dulce Rosina se convirtió en un bombardino... (Se acerca a Rocío.) Y es preciso despertarla, porque ese pelmaso no se marcha sin verla... ¡Señora!... ¡Señora!...

DALILA.—(Sin abrir los ojos.) Sigue nena, sigue, que me gustan mucho...

MIGUE.—¡Señora! Perdona...

ROCÍO.—(Abre los ojos.) ¿Qué quieres? ¿Por qué me molestas?

DALILA.—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

MIGUE.—(A Rocío.) Ahí fuera hay un señor italiano que dise que le urge muchísimo hablar con usted...

DALILA.—¡Déjenos ahora de italianos y de rusos!; éstas no son horas de hacer visitas; despídalo con viento fresco... Ande... Vaya...

ROCÍO.—¿Es que tú te figuras que yo no vivo más que para trabajar, sin poder tener ni un momento de descanso?

DALILA.—Pedirle a este hombre consideración y respeto es predicar en desierto...

MIGUE.—Se puso más pesado que un plomo...

DALILA.—Y alojó plata para que viniera a despertarnos; conozco muy bien el paño que gasta, amigo Botellas.

MIGUE.—Sepa usted que ni por todo el oro del mundo soy yo capaz de molestar a doña Rocío. Sé cumplir con mi deber como el primero, señora Cabezones.

DALILA.—(Furiosa.) ¡Yo soy Dalila di Sansoni! ¿Sabe usted?

MIGUE.—Yo, cuando era' el primer bailarín de España me llamaban el Libélula!... A la vejez y fracasado volví por mi nombre de pila... Usted, que también envejeció y fracasó como un servidor, no desdeñe los Cabezones, que es el apellido de su padre...

DALILA.—Le juro...

Rocío.—¡Basta ya! ¡A callar los dos! Dile a ese señor que pase...

MIGUE.—¡Es que me tiene un odio africano y me tira cada puya' ofensiva que me llega al alma! (*Vase foro.*)

Rocío.—No puedes verlo ni en pintura.

DALILA.—¡Buen punto filipino está hecho tu bailarín! Pero como estás ciega por los caramelos que te hace...

Rocío.—Como el pobrecito tuvo tan poca suerte como tú, por eso lo protejo...

DALILA.—¡Anda, échame en cara mi desgracia; hazme ver que estoy comiendo el pan de la emigración, que eso es muy generoso!...

Rocío.—¡Eres insoportable!...

MIGUE.—(*Desde foro.*) Don Piombino Ventichelo.

DALILA.—(*Con alegría.*) ¡Ventichelo! ¡El empresario de Milán!

PIOMB.—¡Rocío! ¡Dalila! ¡Mis caras amigas! (*Las besa la mano.*)

DALILA.—¡Oh qué grata sorpresa! Siéntese.

Rocío.—¿Y a qué debemos esta inesperada' visita? (*Le ofrece una silla.*)

PIOMB.—He venuto a buscarla porque estoy montando en Parichi una revista de grande magnifisensa y quiero dos bailarine españolas molto bellas... ¡Y quién mejor que la gran Santelmo puede aconsejarme en cuesto momento!

Rocío.—Hoy en la academia' no hay ninguna que sirva para el caso; pero buscaremos, pensaremos.

PIOMB.—¡Qué fortes están aún la célebre bailarine y la simpática diva!

Rocío.—¡Yo sono molto vequia, caro Piombino!

DALILA.—¡E yo molto grasa!

Rocío.—Oye, Miguelito, ¿sabes tú de algunas bailarinas de español que estén dispuestas a ir a París?

PIOMB.—(*A Miguelito.*) ¡Hermosas! ¡Sugestivas, con negros ojos de ardiente mirar! ¡Eso es de grande efecto!

MIGUE.—Una ya la tenemos, la Sanluqueña; ésa baila divinamente y es presiosa.

Rocío.—¡Estupenda! No me acordaba yo de esa niña!...

DALILA.—Ma ha una madre que e una pantera e non se separa mai de la sua figlia...

PIOMB.—Sono acostumbrato a sufrire cuesta cargue con cuanta artista española e contratato en la mía vita, carísima Dalila...

MIGUE.—¡Son las pobresitas tan inosentes!, ¡tan tímidas!

Rocío.—La otra, Miguelito. ¡Venga la otra!

MIGUE.—(*Medita.*) ¡En la otra no caigo!...

PIOMB.—Fate un esfuerzo de imachinacione.

MIGUE.—¡No doy con ella! ¡Y las hay, las hay!

PIOMB.—¡Pensa, por Dío santo! (*Le da con mucho disimulo un billete que saca del bolsillo del pantalón. Dalila tose.*) ¡Cuesto te fara recordare! ¡Fate memoria, que me urge partir para Parichi!

MIGUE.—¡Ya la tengo! Reina Clavel. Esa es canela en rama. Morena' oscura con unos ojos adormilaos y una boquita roja como las seresas. Su cuerpo es el de una tanagra modelada por el propio Benlluri... ¡Una delicia de niña, caballero!

Rocío.—Y bailando con arte soberano. ¡Ya sabía yo que Miguelito daría con ellas! ¡Las conoce a todas!

PIOMB.—(*Apuntando en una libreta.*) La Sanluqueña, Reina Clavel... La direchone, por favor.

MIGUE.—Pues mire usté, la direchione se me ha olvidato...

DALILA.—(*Aparte.*) ¡Sinvergüenza!

PIOMB.—(*Mira el reloj.*) ¡La direchione, per la Madona! (*Le da otro billete.*) Cuesto te fara recordare...

MIGUE.—Vamos a mi despachi a ver si las tengui en un librito de señas...

DALILA.—(*Aparte.*) Desvergonzado, poca educación.

PIOMB.—(*Medio mutis.*) ¡Oh! ¡Y la picola' bambina, la figlia de la gran Petrosqui!

DALILA.—¡E bela como un amore!

Rocío.—¡E el vivo retrato de la sua mamá!

PIOMB.—¡Dona infeliche! ¡Molto obligato, adorable Rochío! ¡Molto obligato, gentil Dalila. (*Les besa la mano.*)

Rocío.—Adío, caro e bono amico...

DALILA.—¡Adío, caro Ventichelo!

PIOMB.—(*Le echa el brazo por el hombro a Miguelito.*) ¡Oh mi buen Miguelito! ¡Tú me salvaste! ¡Cuanti agradechimento es el mío!



MIGUE.—Andiamo por las señas de las ragachas. (*Vanse los dos foro.*)

DALILA.—(*Furiosa.*) ¡Va a desplumar al pobre Ventiche-lo!... Ya le pescó dos billetes de Banco el muy sinvergüenza... ¡Yo estoy indignada!... ¡Es demasiado descaró!

Rocío.—No me apercibí de nada...

DALILA.—Si tú estás haciendo siempre zapatetas en las nubes. Te empeñas en meter dentro de tu casa a una colección de tramoyantes y ya padecerás los resultados...

Rocío.—¡Pero hija, por Dios!

DALILA.—Ya verás como el andalucito jacarandoso es un frescales y el Juncalito otro... ¡Tengo yo un ojo para conocer a las personas!...

Rocío.—¡Siempre desconfiada, siempre viendo engaños y falsedades en todas partes!

DALILA.—Piensa mal y acertarás.

Rocío.—¡Pero así no se puede vivir!

DALILA.—¡Pues si supieras lo escamada que me tiene la piceca bambina!...

Rocío.—¡No, por Dios, a la niña no me la toques! ¡No porque tú seas una amargada me vas a amargar a mí también la vida! ¡No!

DALILA.—¡Está bien; callaré y que ruede la bola; pero a la hora de freír será el reír! (*Vase cantando muy furiosa.*)

TÁRSI.—(*Sale foro.*) Señora, las señoritas que vienen en automóvil esperan en el salón.

Rocío.—¡Qué fatigada voy estando!... Esa Policarpa es insoportable... (*Vase lateral derecha.*)

TÁRSI.—La pobrecica se va haciendo muy vieja...

JUAN.—(*Sale foro.*) ¿Dónde está la señorita?

TÁRSI.—En su cuarto leyendo un libro.

JUAN.—Dile que estoy yo aquí. Anda.

TÁRSI.—Si los pesca hablando a solas la cantanta se arma la de San Quintín.

JUAN.—No te apures, que Charito está de guardia en el pasillo, y en cuanto vea que hay moros en la costa avisará. ¡Anda, guapa, dile que salga!

TÁRSI.—Veremos si entre unos y otros con sus romances me hacen a mí perder el pan.

JUAN.—Entonces te hincho yo de rosquillas...

TÁRSI.—¡Rosquillas! ¡Rosquillas! ¡Un puntapié me darán endespues si mi señora me tira' a la calle!.. ¡Palabrería no falta! (*Vase lateral izquierda.*)

JUAN.—¡Vaya un planesito más bien hecho el de Rafael! ¡Bendita sea la hora en que me encontré con el yanqui en aquel merendero de la Caleta!

ELSA.—(*Sale lateral izquierda.*) ¡Pero cómo te atreves a venir antes de la lección? Siempre me tienes asustada.

JUAN.—Es que en la clase que da el mister nunca podemos hablar. A la calle te acompaña ese sargento de carabineros que me tiene una antipatía horrorosa. En el cine, Manolo Puchol sentado a' tu vera, hasta que un día me canse de tus miedos y le rompa la cabeza de un estacaso para quitárnoslo de delante...

ELSA.—(*Miedosa.*) Habla más bajo...

JUAN.—Tú has nacido para Juanito Crus, y para Juanito Crus serás, nenita de mi alma!

ELSA.—¡Ya voy viendo que sí!...

JUAN.—(*Apasionado.*) Cuando un hombre quiere como yo te quiero no hay obstáculo que se le ponga por delante. ¡Júrame por la memoria de tu madre que me vas a contestar sinceramente a la pregunta que te voy hacer!...

ELSA.—Te lo juro...

JUAN.—¿Tú me quieres a mí de verdad?

ELSA.—De verdad te quiero.

JUAN.—¿Tú estás dispuesta a todo por mí?

ELSA.—(*Asustada.*) ¿Qué es todo?

JUAN.—Que cuando yo te diga: abandona esta casa y sígueme...

ELSA.—¡Calla! ¡Calla!

JUAN.—¿Crees tú que si frente a frente le digo a tu madrina: yo quiero casarme con Elsa, tu madrina consiente en ello?

ELSA.—¡De ninguna manera! Buena es tu fama para que ella consienta.

JUAN.—¡Pues entonces tomemos la felicidad por nuestra mano! Es una tiranía que esa señora pretenda casarte con un hombre apocado y estúpido sólo porque tenga cuatro cuartos. ¡Si fuera tu madre de verdad, no pensaría de ese modo!... ¡No cedas, vida, no cedas! ¡No me sacrifiques a mí, porque si te pierdo me muero!

CHARI.—(*Desde foro.*) La fiera currupia salió de su jaula y anda por el corredor dando resoplidos.

JUAN.—¡Vigila, niña, vigila!...

CHARI.—(*Mirando al fondo.*) ¡Ya se metió en la sala! Va a goler lo que dicen las condesitas que aprenden a bailar el minueto.

MIGUE.—(*Sale foro.*) ¡Es preciso que sepáis disimular mejor!

ELSA.—¡Pero si ya disimulamos!

MIGUE.—¡Compadre, y a esto le llama la nena disimulo!

CHARI.—El amor y er dinero no pueden estar ocultos, señor Miguelito.

MIGUE.—¡Mira cuánto sabe la rubiales!

JUAN.—¿Tienes novio?

ELSA.—Creo que es un estudiante...

CHARI.—(*Ofendida.*) ¡Qué va! ¡Un novillero con la sal de María Santísima, que mata toros asín de grandes!

JUAN.—Vete a tu puesto o devuélveme la's cinco pesetas.

CHARI.—Lo que entra en mi fardriquera no sale aunque me pongan en cruz...

MIGUE.—¡Y que no está hoy bonita ni na este rosalito temprano!...

CHARI.—(*Lo empuja.*) ¡Quite allá, don Libélula, que está usted muy pachucho pa cosas de amor! (*Vase foro.*)

TÁRSI.—(*Sale foro.*) Dice la señora que vaya usted a' ver unos figurines muy bonitos que han traído las señoritas que hay en la sala. (*Vase.*)

ELSA.—(*A Juan.*) Vuelve después... (*Hablan bajo.*)

MIGUE.—Este andaluz se enamoró como un loco.

TÁRSI.—Pues si no va con la epístola' de San Pablo debajo del brazo, con una servidora que no cuenten para nada.

MIGUE.—¡Igualitas palabras les he dicho yo!... ¡Con un servidor no contéis sin ese requisito!... (*Vase Elsa foro.*)

TÁRSI.—(*Bajo a Miguelito.*) Si el otro no le gusta, en nuestros quererres no manda nadie.

RAFAEL.—(*Sale foro.*) Se les saluda a ustedes. Oye, Társila, en la antesala te espera un hombre con una gorra de pelo...

TÁRSI.—Es el recadero de mi pueblo que me trae unas friolerás de mi casa. En seguida güelvo. (*Vase foro.*)

RAFAEL.—Yo creo que es peligroso que esta mujer se entere de nuestros planes...

MIGUE.—Como escuchó nuestra última conversación, para que no hable hay que camelarla! ¡Las paletas son muy interesadas, y ante el dinero no abrirá la boca!

RAFAEL.—¿Hay novedades?

MIGUE.—Este anda muy encaprichado con la niña, y si las ancianas se enteran..., ¡se convierte todo en agua de cerrajas!...

RAFAEL.—¡Y que no te da a ti gusto embolsarte los billetes que te suelta el yanqui por cualquier cosa!

MIGUE.—¡Me disloco haciéndole cortesías!

JUAN.—¡Es esplendísimo!... ¡Pero vengan los planes antes de que entre la friegaplatos!...

RAFAEL.—Son sencillísimos; los tres queremos ganarnos el pan con el sudor de nuestras frentes. Su ejemplo nos ha entusiasmado, y, fiados en su generosidad, a él acudimos para que nos haga un préstamo para implantar una industria.

MIGUE.—¡Qué grande eres, Rafael!

JUAN.—¡Estupendo!

RAFAEL.—Conmovido, cae en la ratonera.

MIGUE.—Y venga a soltar billetes a derecha y a izquierda...  
(Baila.)

RAFAEL.—Se hace una escenita sentimental de agradecimiento...

MIGUE.—Y si te he visto no me acuerdo. (Baila.)

RAFAEL.—Y ahora, señores, vamos a ver lo que queremos: cada uno para tener idea de la cantidad que se le va a pedir....

TÁRSI.—(Sale foro.) Aspérense, que yo también entro en eso...; ¿verdá, señor Botellas?

MIGUE.—Sí, hijita, sí. Pues bien, amigos míos, yo quiero comprarme un hotelito en la Ciudad Lineal y montarlo con verdadero lujo, hermosas doncellas, un buen chófer, cocinero... En una palabra, mi ilusión es vivir como un cenobita!

JUAN.—Sibarita querrás decir.

MIGUE.—Para el caso es igual.

RAFAEL.—Para eso sobra con dos millones de pesetas.

MIGUE.—Procuraré arreglarme...

JUAN.—Yo necesito igual cantidad para emprender el vue-

lo con la paloma' hacia Montecarlo y allí ensayar un tanteo para ganar siempre a la ruleta...

TÁRSI.—A éste no le he entendido ni jota de lo que quiere...

MIGUE.—Ni la ruleta tampoco lo va a entender.

RAFAEL.—Yo ya tengo apalabrado un teatro para la próxima temporada; quiero ser empresario de espectáculos.

MIGUE.—(A Társila.) Ahora habla tú.

TÁRSI.—¡Como una servidora es una pobre, no se atreve!...

RAFAEL.—Pide por esa boquita sin miedo.

JUAN.—Tu misma pobreza será un motivo para que el magnánimo señor te favorezca...

TÁRSI.—Averán. Yo quiero tomar la cacharrería que traspasa la señá Tomasa, ésa que vende unos botijos que hacen el agua tan fresca, en la esquina de esta calle. Traeré a mi madre del pueblo...

MIGUE.—Bueno, y para todo eso ¿qué se necesita?...

TÁRSI.—(Con miedo.) Yo creo que con ocho mil reales habra de sobra...

MIGUE.—(A los otros.) ¡Pobrecita! No tiene idea de la cantidad; me da pena.

JUAN.—Total, seis millones dos mil pesetas.

TÁRSI.—¡Qué barbaridad! ¡Pues no son ustedes nadie pidiendo dineros!

MIGUE.—¡Qué sabes tú lo que tiene ese coloso de la banca! Posos de petróleo, cafetales, azucareras, fábricas de automóviles... ¡Yo creo que debíamos de subir un poco más la cuota, caballeros! Seis millones son un grano de anís para un hombre tan poderoso...

JUAN.—¡No tirar de la cuerda!

MIGUE.—Y a todo esto, ¿quién le va a exponer nuestros deseos?

JUAN.—Carmelita' Reyes, que anda el mister que bebe los vientos por ella.

MIGUE.—Mirar que a esa niña no se la conquista tan fácilmente.

RAFAEL.—Como yo me lo proponga, se convierte en mis manos en una mansa ovejita...

MIGUE.—¡Así sea! Pero me parece que naranjas de la China.

CHARI.—(Desde foro.) Las condesas se están despidiendo de las señoras.

RAFAEL.—¿Está doña Carmelita en casa?

CHABI.—Sí, señor, en el comedor la tiene. ¡Váyase, paisano, que lo van a pescar! (*Vase foro.*)

TÁRSI.—Venga por aquí y se marchará por la puerta de la cocina.

RAFAEL.—Tú, Társila, ni una palabra a nadie de lo que hemos hablado...

TÁRSI.—¡Por mí no pasen pena, que sé muy bien lo que me tengo que callar!... Amos, don Juanito, amos...

JUAN.—Hasta luego. (*Vanse los dos lateral derecha.*)

RAFAEL.—Hazme el favor de decirle a Carmen que me urge hablar con ella...

MIGUE.—Vamos a' ver cómo te portas, Juncalito... (*Vase foro izquierda.*)

RAFAEL.—¡No las tengo todas conmigo! ¡Es tan orgullosa!... (*Medita.*)

CARMEN.—(*Sale foro izquierda.*) ¿Qué se te ofrece?

RAFAEL.—Es preciso que me haga's un favor muy grande...

CARMEN.—Tú dirás.

RAFAEL.—Tú sabes, Carmelita, que eres la única mujer que he querido de verdad en el mundo.

CARMEN.—Al grano, al grano, que don Godofredo está esperándome en el comedor... ¿Qué es lo que quieres?

RAFAEL.—Lo primero hacer las paces contigo.

CARMEN.—(*Medio mutis.*) ¿Y para decirme esa simpleza me llamas? Me voy con el maestro.

RAFAEL.—(*La coge.*) ¡Espera! Quiero también decirte que tengo celos del yanqui...

CARMEN.—¿Celos tú? ¡Deja que me ría!

RAFAEL.—(*Sombrío.*) ¿Por qué aceptas los regalos con que te obsequia a diario?

CARMEN.—(*Reconcentrada.*) Pero, vamos a ver, ¿quién eres tú para meterte en mi vida? ¿A qué viene esta escena pintando un amor que no sientes, porque no eres capaz de querer ni a ti mismo?

RAFAEL.—¡Te juro que lo siento de verdad!

CARMEN.—(*Reconcentrada.*) Lo que sientes tú es una rabia loca al ver cómo se porta ese señor conmigo. Te duele que esta mujer que despreciaste se vea considerada por un caballero tan noble y tan decente. Pues hijo, si te molesta quítate

de en medio, porque ojos que no ven, corazón que no siente.

RAFAEL.—¿Esa es tu última palabra?

CARMEN.—La última.

RAFAEL.—¿De modo que te niegas a pedirle al yanqui un favor que yo deseo?

CARMEN.—¡En absoluto!

RAFAEL.—Pues ya sabes de antiguo que no me paro en barras y que cuando algo me estorba en mi camino le doy con el pie...

CARMEN.—(*Con desprecio.*) ¡Ya' no me das miedo! Aquello ya pasó a la historia, Rafael.

RAFAEL.—(*Reconcentrado.*) Desde hoy vas hacerte cuenta que ese hombre está para ti sentado en los cuernos de la luna...

CARMEN.—(*Kie.*) ¡Puesto en tragico me haces morir de risa, chiquillo!

RAFAEL.—¡No me provoques, Carmen! ¡No me provoques, que aquí vamos a terminar todos como el Rosario de la Aurora!

MIGUE.—(*Sale foro.*) ¡No chillar, por vuestra madre os lo pido!

CARMEN.—Es que este castigador se figura que habla con sordos.

RAFAEL.—Es que esta coqueta se está haciendo unas cuentas que se las voy a desbaratar muy pronto.

MIGUE.—¡Calma, Rafaelito, calma! Piensa que lo que hace Carmelita con el místico son simples e inocentes coqueteos, propios de señores de la buena sociedad; pero en su fuero interno quien reina eres tú.

CARMEN.—Buenos sinvergüenzas estáis hechos el viejo y el joven. ¡El que no os conozca que os compre! (*Vase foro.*)

MIGUE.—Me huele que de esta entrevista has sacado tú poco fruto. La dulce ovejita se convirtió en un miura de los buenos. ¿Verdad, paísano?

RAFAEL.—(*Sombrío.*) ¡Para los toros bravos están los buenos matadores, Miguelito! Y que esa princesa altiva se rinde no lo dudes ni un momento.

MIGUE.—Tienes tú mucho poder sugestivo para dudarle, Rafael...

RAFAEL.—Y para' esta tarde ya puedes mandar llamar al se-

por Cayetano, porque yo no toco la guitarra en la lección del yanque.

MIGUE.—Pero hombre...

RAFAEL.—Lo dicho, dicho.

ELSA.—(*Sale foro.*) Rafael, lo llaman a usted al teléfono.

RAFAEL.—Ya sé quien es. Voy corriendo. (*Al salir tropieza en el foro con Manolo.*) ¡Imbécil!

MANOLO.—¡Perdón!, no lo había visto.

RAFAEL.—Pues cómprese unas gafas o un perro para lazarillo.

MANOLO.—Es usted un mal educado y estoy harto de sus groserías.

ELSA.—(*Asustada.*) ¡Manolo, por Dios!

RAFAEL.—Esas palabritas me las va usted a repetir a solas.

MANOLO.—Cíteme sitio y hora para que le repita' esas y unas poquitas más, porque aquí no hay derecho a dar un mal rato a' esta señorita.

MIGUE.—(*Coge a Rafael.*) ¡El teléfono, Rafael! ¡El teléfono!

RAFAEL.—¡Ya ajustaremos cuentas, pollo!

MANOLO.—¡No creo que sea usted capaz de ajustarlas con nadie, porque a todos los de su calaña se les va la fuerza por la boca!

ELSA.—¡Basta, por favor, basta!

MIGUE.—Por lo que más quieras en el mundo, Rafael, vamos al teléfono.

RAFAEL.—(*Guasón, desde el foro.*) ¡Hasta muy pronto, don Manolito! (*Vase con Miguelito foro izquierda.*)

ELSA.—Qué escena más molesta.

MANOLO.—No hagas caso, no merece la pena.

ELSA.—¿Pero qué sucede para que vengas a estas horas?

MANOLO.—Quiero darte una alegría muy grande, muy grande. ¡Mi padre vendrá mañana' a pedir tu mano!

ELSA.—¡Qué precipitación!; esto es como un escopetazo.

MANOLO.—¿No te alegras? Mira, nos hace un regalo de boda estupendo. Vas a ser la' dueña de uno de los mejores comercios de Madrid. ¡Yo soy muy feliz, Elsitita de mi alma! ¡Muy feliz!

Rocío.—(*Sale foro primera izquierda con Dalila.*) Dice Tár-sila que venga en seguida'. ¿Ocurre alguna novedad?

MANOLO.—Anda, nenita, díselo tú.

Rocío.—Venga pronto, que estoy en ascuas.



DALILA.—(A Manolo.) ¡Suéltalo de una vez!

MANOLO.—Mañana vendrá mi padre a pedir la mano de Elsa...

DALILA.—¡Bendito sea Dios! Pero que no pase de mañana.

Rocío.—Y yo se la concederé con mucho gusto, porque tengo la seguridad de que harás muy feliz a mi ahijada.

MANOLO.—Gracias, doña Rocío, gracias!

DALILA.—Alegra esa cara, nenita, que son música's, y no un entierro, lo que pasa por tu calle.

Rocío.—(La acaricia.) ¡La pobrecita está turbada! ¡Es natural!

MANOLO.—Yo tampoco sé ni lo que digo ni lo que hago. Desde que mi padre me soltó de repente: "Dile a tu novia que mañana la pido", parece que el corazón se me quiere salir del pecho.

FRANC.—(Sale foro.) ¡Buenas tardes, señores!

DALILA.—¡Mister Franc, hay novedades!

FRANC.—¿Agradables?

Rocío.—¡Se nos casa la picola bambina con Manolo!

FRANC.—¡Linda pareja! Ella, buena y hermosa, y él, trabajador y honrado. ¡Mi regalo de boda será espléndido!

MANOLO.—¡Agra'decidísimo!

Rocío.—(A Manolo.) ¡Ves, hijo mío, cómo todo llega en la vida? Elsita te ha ido tomando cariño poco a poco y ahora te la llevas llena de ilusión... ¡Hay que conocer a las mujeres, hay que entenderlas!

MANOLO.—¡Aun me ha de querer más al ver lo feliz que la voy a hacer! (Mira el reloj.) ¡Perdón!, pero estoy citado para una Junta del Círculo Mercantil, y como soy el secretario he de estar puntual.

Rocío.—Vuelve luego.

MANOLO.—¡Figúrese usted! En cuanto termine salgo corriendo. No me mire con esos ojitos tan tristes, nena, que hoy repican las campanas a gloria! Hasta muy pronto, señores. (Vase foro.)

FRANC.—Parece que Elsita llora.

ELSA.—No, señor..., no lloro...

Rocío.—(La coge.) ¡Mi nena me va a dejar, pero como será muy dichosa!

ELSA.—(Le echa los brazos.) ¡Ay, madrinita, qué pena tengo!

Rocfo.—(*Besándola.*) ¿Es que quieres vivir a mi lado? Pues vivirás. Os daré la mejor habitación de la casa. ¡Si todo ha de ser para ti, amor mío!

ELSA.—(*Con hipo.*) ¡Tengo pesar..., tengo pesar!...

DALILA.—(*Aparte.*) ¡Ay, San Pancracio, aquí pasa algo muy gordo!

ELSA.—Aun soy muy joven para casarme. Puedo esperar un poco más tiempo.

FRANC.—(*Aparte.*) ¡Oh, me parece que empiezo a ver claro!

DALILA.—¡Eso no puede ser, se ofenderá el señor Puchol! Con las personas formales no se juega así.

ELSA.—¡Vayá!, pues yo no me caso, y si el señor Puchol se ofende, que se ofenda. Ya se le pasará.

Rocfo.—¡Ay Dios, qué disgusto más grande! Y al mismo tiempo contra su voluntad yo no quiero...

DALILA.—¿A qué viene ahora esa salida de tono? ¿No vale Manolo mil veces más que todos esos imbéciles que te rondan?

ELSA.—¡Están muy distanciados nuestros espíritus!

DALILA.—Pamplinas para los canarios. ¡Tantas novelas, tantas películas os vuelven la cabeza a pájaros!

Rocfo.—Déjala, Dalila; si no se quiere casar que no se case; esas cosas son muy difíciles de aconsejar.

FRANC.—Elsita reflexionará esta noche y mañana dirá otra cosa.

ELSA.—(*A Dalila.*) Tú compóntelas como quieras, pero vete a decirle al señor Puchol que no se moleste en venir a pedir mi mano, porque no quiero casarme por ahora. (*Vase lateral izquierda.*)

Rocfo.—¡Yo que me pensé que estaba tan enamorada!

DALILA.—Si Dalila es una amargada, si nunca tiene razón. ¿Vamos a ver lo que le digo yo ahora a esa persona dignísima para que no se ofenda? (*Vase foro.*)

Rocfo.—¿Pero ha visto usted, mister Franc? ¡Qué disgusto para el pobre Manolo!

FRANC.—¡Son como las mariposas! ¡Van a la luz que más brilla! Pero usted no se entristezca por nada, que aquí está su amigo Franc para ayudarla en todo.

Rocfo.—¡Me da tanto miedo esa cabecita fantástica! ¡Sufríó tanto su madre por dejarse llevar del corazón!

FRANC.—¡Mucho amó y mucho fué amada también!

ROCÍO.—¿Conoció usted a' su marido?

FRANC.—Lo conocí y lo odié profundamente. Elsa Petrosqui fué mi primer amor.

ROCÍO.—¡Ah! Usted era el joven yanqui que de soltera la seguía a todas partes.

FRANC.—La seguí hasta que un día me dijo que su corazón pertenecía a otro hombre. Aquella misma noche embarqué para Norte América, y ya no la vi más.

ROCÍO.—Su marido fué muy cruel con ella. La abandonó en Roma con su hijita.

FRANC.—¿Por qué no me llamó? Yo hubiera acudido a consolarla fraternalmente. ¡A la Petrosqui le debo mi fortuna! Para olvidarla trabajé.

ROCÍO.—¡Pobre Elsa!

FRANC.—Habiemos de otra cosa, por favor... Una pregunta, si me lo permite.

ROCÍO.—Las que usted guste.

FRANC.—¿Carmelita Reyes está enamorada de Rafael?

ROCÍO.—¡Yo ya ha visto usted que he perdido los papeles en estos asuntos, mister Franc! ¿Le gusta a usted Carmen?

FRANC.—¡Mucho!; pero nunca digo nada a una mujer mientras esté interesada por otro hombre.

ROCÍO.—(*Kisueña.*) Es una madrileña muy castiza.

FRANC.—Ya tomé un profesor de chulo para ponerme a tono.

ROCÍO.—(*Extrañada.*) ¿Un profesor de chulo?

FRANC.—Yes, mi chófer me trajo un compañero que le retiraron el carnet por exceso de velocidad y me da lecciones del idioma madrileño.

ROCÍO.—¡Lo que saben los yanquis!

FRANC.—Este yanqui quiere saber otra cosa. ¿Cómo juzga usted a Carmen Reyes?

ROCÍO.—¡Honradísima y con un corazón que es oro de ley! Del hombre que se enamore lo hará feliz.

FRANC.—(*Le coge las manos.*) Usted es muy buena, usted llenó mi alma de alegría y yo quiero demostrarle lo que significan para mí esas palabras.

ROCÍO.—Con su amistad me basta; no se preocupe de otra cosa, mister Franc.

CHABI.—(*Sale foro derecha.*) Señora, don Godofredo espera en el comedor con unos papeles. (*Vase.*)

Rocío.—Voy..., voy. ¡El pobre anda loco buscando un mi-  
nuelo antiguo que le encargué! No dar clase hasta que yo  
vuelva; tengo que corregirle algunos defectitos, míster Franc.  
(*Vase foro derecha.*)

(*Sale Miguelito.*)

FRANC.—(*A Miguelito.*) Dame un toquecito a la vestimenta,  
por favor. (*Se quita el abrigo y se queda con traje de majo.*)

MIGUE.—(*Arreglándolo.*) ¡Si es un figurín! ¡Qué gracia más  
castiza la dao Dios! Bobos se van a quedar en su tierra cuan-  
do lo vean así vestido.

FRANC.—¡Basta de piropos, que te ciegas!

MIGUE.—Son desahogos del alma que brotan sin sentir. ¡Voy  
por la guitarra! (*Medio mutis.*)

FRANC.—(*Lo coge.*) ¡Espera! Quiero que me digas una cosa.

MIGUE.—(*Escamado.*) ¡Si un servidor la' sabe!

FRANC.—¿Me prometes ser sincero?

MIGUE.—¡Qué duda tiene!

FRANC.—¿Tú estás enamorado?

MIGUE.—(*Tranquilo ya.*) Sí, señor, de todas las mujeres  
que veo jóvenes y bonitas.

FRANC.—Esa falta de fijeza se llama frivolidad y yo te pre-  
gunto por el amor único y verdadero.

MIGUE.—¡Cómo quiere usted que me obsequie con manjar  
tan exquisito siendo un desgraciado! ¡Arrestos me sobran para  
enamormarme! ¡Pero a' qué intentarlo si el fracaso sería seguro!

FRANC.—¿Tú lo crees?

MIGUE.—Sí, señor, porque si es verdad que tengo gracia  
para camelarias, me faltan metales preciosos para sostenerlas!

FRANC.—¡Camelarias! ¡Eso, eso me interesa aprender para  
conquistar a las españolas!

MIGUE.—(*Extrañado.*) ¿No se usan las mismas reglas con  
todas las señoras del globo?

FRANC.—¡Oh, no! En cada país se las enamora de distin-  
to modo! ¡Clima, educación, temperamento!... ¡España no se  
parece a nada!

MIGUE.—De acuerdo. España no hay más que una en el  
mundo.

FRANC.—¿Tú has amado mucho, Miguelito?

MIGUE.—¡Hasta el delirio, míster Franc!

FRANC.—¿Y fuiste amado también?

MIGUE.—Doña Juan la Loca al lado de mi Mariana' que en pan descanse era indiferente y fría con Felipe el Hermoso.

FRANC.—¡Esa cita histórica' es muy interesante!

MIGUE.—Como que ha quedado en cuadros y en romances para que no se nos olvide.

FRANC.—Explícame lo que se hace para ser amado con la vehemencia de tu Mariana, que en paz te descanse.

MIGUE.—¡Para lograr eso hay que ser muy marchoso y saber castigarlas dándoles achares!

FRANC.—¡Hacerlas sufrir! ¡Pobrecitas!

MIGUE.—Pues así hay que tratarlas para que se enamoren de verdad. ¡Si no ven en nosotros al dueño y al señor estamos perdidos!

FRANC.—Tú eres un moro, Miguelito.

MIGUE.—¿En qué me lo ha conosido usted? ¡Es cierto, de moros desciendo! Alí Pachá, uno de mis abuelós, vendía babuchas por los pueblos.

FRANC.—¡Ahora' comprendo la locura de aquella pobre reina! ¡Don Felipe debía de ser otro marchoso como tú.

MIGUE.—¡Sí, señor, marchosísimo!, si la historia no miente. Además de guapo, era un tío muy largo el gachó aquel.

FRANC.—¡No me conviene tu sistema!

MIGUE.—¿Pues entonces cómo cree usted que se marea a una hembra de trapío?

FRANC.—Rindiéndole el homenaje y el respeto que se merece toda mujer. Esto me parece más eficaz que tus achares y tu castigo.

MIGUE.—¡Virgen de la Paloma! ¡Va dao!

FRANC.—No me sirves para maestro. ¡Renuncio a tus lecciones, Miguelito! ¡Renuncio!

*(Carmen sale foro con Juan y Charito.)*

CARMEN.—¿Preparado para la lección?

FRANC.—Yes.

JUAN.—Dice Carmelita que adelanta usted mucho.

FRANC.—Regular, regular nada más.

CARMEN.—Anda, Charito, dile a la señorita Elsa que venga.

CHARI.—En su cuarto estaba llorando.

MIGUE.—Voy por el señor Cayetano. *(Vase lateral izquierda.)*

FRANC.—No mire hacia la puerta, que Rafael fué a un recado.

CARMEN.—¡A mí qué me importa Rafael!

FRANC.—¡Mentiritas no, Carmelita!

CARMEN.—(*Coqueta.*) ¿Le interesa a usted mucho que no las diga?

FRANC.—¡Yes!

ELSA.—(*Sale lateral izquierda.*) ¿Qué queréis?

CARMEN.—Que vengas aquí con nosotros.

JUAN.—(*Bajo.*) ¿Por qué llorabas?

ELSA.—Acabo de tener un disgusto horroroso con mi madrina. (*Hablan bajo.*)

FRANC.—(*Sentado al lado de Carmen.*) Todo el día estoy esperando con ansiedad que llegue esta hora para verla a usted...

CARMEN.—¿Pero tanto me aprecia, mister Franc?

FRANC.—¡Mucho! Yo soy un gran observador. Mis ojos penetran en los corazones.

CARMEN.—¿Y en el mío qué ve?

FRANC.—Amargura, porque el hombre que quiere no sabe apreciar lo que usted vale.

CARMEN.—(*Azarada.*) ¿Pero quién le contó a usted esas cosas?

FRANC.—El dijo el otro día en la' cuèsta de las Codornices que ama a todas las mujeres, porque una sola gachí es como si le echaran la perpetua. Mi profesor de chulo me tradujo el significado de estas palabras, y no me agradó el pensar que esa gachí era usted, que tiene un corazón que es oro de ley.

CARMEN.—¡Sí, señor, un corazón muy leal y muy grande! el botijo al fresco...

(*Se separa Elsa de Juan.*)

DALILA.—(*Sale foro.*) Pensaba que estabas en tu cuarto.

ELSA.—Pues ya ves que estoy aquí.

RAFAEL.—(*Desde foro mira provocativo a Franc.*) Buenas tardes a todos.

FRANC.—(*Con guasa.*) Pasa, Rafaelito, pasa y no pongas esos ojos tan fieros, que me asustas.

RAFAEL.—Quiero que sepa usted que Carmen Reyes está muy alta para conquistarla por dinero.

FRANC.—Celebro que opinemos lo mismo.

(*Sale foro Miguelito.*)

JUAN.—(*Bajo a Rafael.*) No hagas el tonto, Rafael.

RAFAEL.—Estoy harto de tanta intimidad entre los dos...  
(A Franc.) Esa mujer la quiero yo para' mí. ¿Se ha enterado usted, míster Franc?

FRANC.—(Tranquilo.) ¡Si ella consiente, suya es!

CARMEN.—Antes me muera mil veces que volverte a mirar a la cara.

RAFAEL.—Tú eres una coqueta.

FRANC.—Como la ofendas te trituro entre mis manos.

MIGUE.—(Bajo.) ¡No hagas el indio, por tu madre! ¡Señores, aquí no ha pasado nada!... (Coge a Rafael.)

RAFAEL.—(Soltándose.) ¡Soltarme, que de mí no se burla ningún yanqui desaborido. (Va provocativo hacia Franc.)

FRANC.—En guardia, Rafaelito Juncal. En guardia, que te voy a ñascar los hígados. (Le da dos puñetazos.) Nos ha reventado este niño marchoso con sus achares.

MIGUE.—¡Pero si este yanqui ha nacido en las Peñuelas!

DALILA.—¡Arréele otro por mí, míster Franc!

CHARI.—¡No sea usted ensarsadora, doña Dalila!

ELSA.—(Coge a Franc.) ¡No, por Dios! Piense que no tiene importancia lo ocurrido y que si entra mi madrina se muere del susto.

JUAN.—Rafael no supo lo que dijo.

ELSA.—Perdónelo usted.

FRANC.—¡Perdonado! (Le tiende la mano a Rafael, que éste coge con ceño.)

MIGUE.—Tonterías..., celos estúpidos...

FRANC.—¿Tú crees eso, Miguelito Botellas?

MIGUE.—(Cortado.) Yo, sí, señor...

FRANC.—Pues yo no...

CHARI.—(Desde foro.) ¡Que viene la señora!

Rocío.—(Sale Rocío foro.) ¿Oísteis el piano desde aquí? Es muy lindo, ¿verdad?

DALILA.—¡Precioso! Todos estábamos muy callados escuchando.

(Sale Társila por el foro.)

TÁRSI.—Esto han traído del Richi para míster Franc.

FRANC.—Un cable... ¡Con vuestro permiso! (Lee.) Es de mi apoderado.

Rocío.—¿Algo grave?

FRANC.—Urge mi presencia en Wáshington para resolver un importante negocio de banca.

MIGUE.—(*Apurado.*) ¿Y se va usted?

FRANC.—Juanito, prepárate a escribir. (*Elsa le da un papel a Juan y éste escribe con su estilográfica.*) “Cosmeli. Director Banco Canadá. Wáshington. No puedo asistir junta general por retenerme España importantísimo asunto. Estoy aprendiendo bailar flamenco. Saludos, Franc Gualter.” ¿Lo escribiste en inglés?

JUAN.—Sí, señor.

FRANC.—(*A Társila.*) Dáselo a mi chófer para que lo lleve al telégrafo.

(*Vase Társila foro.*)

CHARI.—(*Palmoteando.*) ¡Ay qué alegría, que se queda!

FRANC.—Gracias, Charito.

DALILA.—¡Pasamos un susto!

MIGUE.—(*Aparte.*) ¡Veía mi hotelito en el alero del tejado! Pase, señor Cayetano. (*Entra el tocador.*)

Rocfo.—(*Contenta.*) ¡Cuando usted quiera!

CARMEN.—Una lección de la señora vale por veinte más.

Rocfo.—Prepararse... Carmelita, jalea tú un poquito para amenizar el cuadro.

FRANC.—Jalea, gachí, que tu mamá es de corcho y me gustas más que el pan frito. ¡Vengan las seguidillas!

(*Miguelito y Franc se ponen a bailar frente a frente.*)

Rocfo.—¡Muy bien! ¡Fíjese en los brazos de Miguelito!

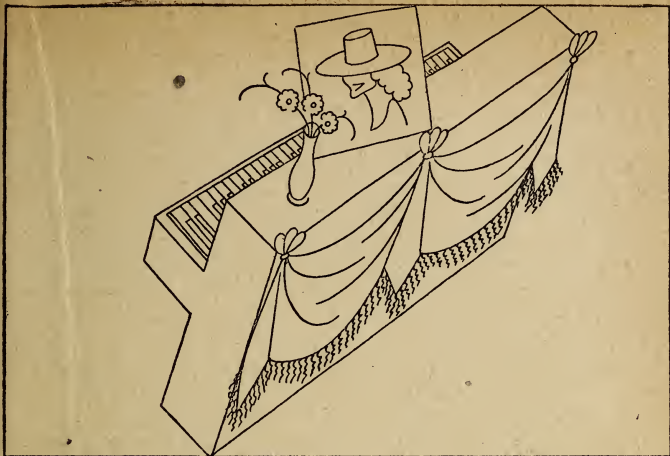
DALILA.—(*Canta.*) Seguidillas gitanas, mamita, son las que canto...

JUAN.—¡Olé por los ruisseños con gracia! ¡Olé!

(*Carmen toca palmas acompañada de Juan.*)

TELON LENTO





## ACTO TERCERO

---

La misma decoración. Al levantarse el telón están en escena MIGUELITO, TARSILA, CHARITO y DALILA; ésta lleva kimono y papillotes; zurce una media con una bola dentro; las otras dos cosen.

CHARI.—¿Y se volvió usted a embarcar?

MIGUE.—¡Yo qué iba a volver a cruzar el cañal de la Mancha, si a la ida pasé un canguelo horroroso!

DALILA.—¿Y cómo fué de Doba a Calé?

MIGUE.—¡Por el aire! Aterrizamos en París! ¡Qué viaje más bonito, viendo todo el panorama' a nuestros pies...

DALILA.—En aquella época no había aeroplanos.

MIGUE.—¡Pero había globos!, y el capitán Mila, que era muy

amigo mío, vino a Londres por un servidor de usted, y los dos, metidos en la barquita, nos fuimos volando.

DALILA.—(*Sigue cosiendo.*) ¡Cuánta paciencia tengo que tener!

TÁRSI.—¡Mira que ha corrió lugares el señor Miguelito!

MIGUE.—¡Muchos!

CHARI.—Yo por lo único que pío es por ver París. Aquello debe ser muy presioso.

MIGUE.—Después de España, lo más bonito del mundo.

CHARI.—Tienen un chique muy grande las francesas.

MIGUE.—No hay otras mujeres como ellas para vestirse desnudas, que es donde está la siensia...

TÁRSI.—¿Es una endevinanza?

MIGUE.—No me interrumpas con idioteces, paleta!... ¡Se gastan aquellas gachis unos cuerpesitos simbreantes con silueta cubista, que hasen perder la cabeza a un santo de piedra!...

DALILA.—¡Pues de cara valen bien poco!

MIGUE.—Porque usted no ha conosido a la sélebre Cleo de Merode.

DALILA.—Ni usted tampoco.

MIGUE.—¿Cómo que no? ¡Si fué más de sien veces a verme bailar el sigarrón al Molín Roge!

DALILA.—(*Guasona.*) ¡Y se enamoró de usted!, ¿verdad?

MIGUE.—¡Hasta la demensia! ¡Qué mujer, doña Dalila! ¡El día en que entré en su palasio de Versaïlles por primera vez me pareció que leía un cuento de las mil y una noche!

CHARI.—¿Tan maravilloso era?

MIGUE.—¡El que no vió aquello no vió nada en su vida! La Merode llevaba una túnica de tisú bordada de pedrería fina y rodeándole la cabeza una tiara de perlas así de gordas... ¡Pareía la reina del mundo! Nada más entrar me ofresieron en un plato de oro unos palitos perfumados...

TÁRSI.—¿Pa que se los comiera?

MIGUE.—¡No seas asémila, niña! ¿Cómo me iba a comer los palos? ¡Eran para embalsamar el ambiente, quemándolos en un pebetero!; después me dió a beber un licor riquísimo, y entre el humo de los palitos y la bebida misteriosa me quedé extasiado contemplando las maravillas que me rodeaban. ¡Qué tapises gibelinos! ¡Qué cueros arrebujaos! ¡Qué cornamentas doradas!...

CHARI.—¡También es ocurrencia pintarles los cuernos a los bichos!...

MIGUE.—Las cornamentas no son cabezas de toros, nena...; son unos espejitos abiselados que se cuelgan en las paredes.

CHARI.—¡Como yo no hablo francés, no sabía esos detalles!...

DALILA.—(Ni él tampoco.)

MIGUE.—Pues como les iba' disiendo, entre la belleza de la Cleo, el perfumado ambiente y el néctar que bebí, iba perdiendo la noción de la vida...

DALILA.—Y cuando se despertó estaba en la cama de su casa de huéspedes de la calle de Toledo. Hay sueños que parecen realidades enteramente, señor Botellas.

MIGUE.—¡Que se muera usted ahora mismo de repente si no es verdad lo que digo!...

DALILA.—¡Muérase usted para no volver a hinchar de mentiras al género humano!

(*Se oye el timbre.*)

TÁRSI.—¡Ya están ahí las amas! (*Vase corriendo foro.*)

DALILA.—(*A Charito.*) Recoge en seguida la cesta de costura, que yo me voy a peinar para ir a la Embajada...

MIGUE.—¡Y por su madre le pido que no se ponga usted más esos papillotes, porque asusta al miedo con ellos!

CHARI.—(*Ríe.*) ¡Ay qué ánge tié don Libélula!

DALILA.—(*La pellizca.*) ¡Toma, para que te rías con más ganas de las groserías de ese hombre ordinario!... (*Vase lateral izquierda.*)

CHARI.—¡Esa fiera me arreó un pellizco que m'ha' dejao el brazo dormido! (*Recoge la costura y medio mutis.*)

MIGUE.—(*Amoroso.*) Espera un poco, que quiero hacerte una pregunta ahora que el asno y el loro nos dejaron solitos...

CHARI.—Usted dirá.

MIGUE.—¿Tú estás muy enamorada del Chiquito de Ronda?

CHARI.—¿Es una interviú?

MIGUE.—Es una pregunta que me interesa saber la respuesta.

CHARI.—Me interesa a mí más averiguar el porqué me la hace, y ahorre envites, que están ahí las señoras...

MIGUE.—¿Te casarías tú con un hombre que tuviera dos millones de pesetas?

CHARI.—(*Guasona.*) ¿Viejo o joven?

MIGUE.—De años está regular, pero de ilusiones, un capazo lleno.

CHARI.—¿Y quién es ese poderoso caballero que se prendó de mi personita?

MIGUE.—Este Mendivia, encanto mío...

CHARI.—¿Usted dos millones? ¡A ver si es otro sueño como el de la Cleo de Merode!

MIGUE.—Te lo juro puesta la mano en el ara sagrada.

CHARI.—Ahora lo creo menos. ¿Y de dónde le viene a usted esa pedrea de duros?

MIGUE.—De un tío muy generoso que me los va a dejar antes de marcharse al otro mundo. ¿Quieres tú participar de su regalo también?

CHARI.—Se agradece la oferta, pero aun soy muy chica para venderme por dinero.

MIGUE.—¿Y serás capaz de desperdiciar una fortuna por ese chiquillo sin porvenir?

CHARI.—Prefiero papas con un novillero que perdises con un marqués! ¡Mira que millonario don Libélula! ¡Qué manera de discurrir fantasías! ¡Si en ves de naser bailarín nase músico se hace usted de oro! *(Vase riendo por izquierda.)*

MIGUE.—¡Maldito sea el tiempo! ¡Es muy triste que sólo haga los estragos en la fachada, mientras en el interior late un corazón como a los veinte años!

*(Salen lateral izquierda Rocío y Elsa.)*

Rocío.—¿Trajeron alguna carta para mí?

MIGUE.—Ni trajeron carta ni llamaron por teléfono, como usted esperaba...

Rocío.—Me prometió el ministro darme pronto una respuesta...

MIGUE.—Las cosas de Palacio van despacio... *(Se oye repicar las castañuelas.)* Carmelita se está entrenando para esta noche...

ELSA.—¿Por qué no la acompañas tú a la fiesta, madrinita?

Rocío.—¡No, por Dios! No me metáis a mí en esos jaleos que bastante dancé en ellos durante mi vida. Carmelita va bien acompañada con mister Franc.

ELSA.—Dice que no quiere ir sola con el yanqui.

Rocío.—¿Qué ridiculez! Las artistas españolas casi todas

adolecen del mismo defecto: no saben caminar como no lleven un macero al lado...

ELSA.—Le dará vergüenza...

MIGUE.—Pues la dama de guardia' que se ha buscado va a dar el golpe en la Embajada de los Estados Unidos. Dinero pagaría yo por verla entrar en aquellos salones...

Rocfo.—Espero, Miguelito, que vaya como vaya no le dirás ni una palabra...

MIGUE.—No pase usted pena, que cuando quiero sé hablar con el acatamiento que se merese una dama.

Rocfo.—Ahora dices esas palabras tan corteses y después le faltas al respeto por cualquier pequeñez, cosa que estoy resuelta a no tolerarte más.

MIGUE.—¡Pero si esa señora es capaz de haserle perder los estribos al caballo de la plaza Mayor!

Rocfo.—Si no te conviene vivir con ella te marchas a la calle, ¡se acabó!

RAFAEL.—(*Sale foro.*) Buenas noches...

MIGUE.—(*Aparte.*) ¡Vaya una cara de vinagre que trae el Juncal!...

RAFAEL.—Llevaron a la academia' esta carta urgente para usted, y por si de verdá urge se la traigo.

Rocfo.—Dámela, dámela en seguida. (*Lee.*) Ya me concedieron el nuevo local para las clases. ¡Ya triunfé! Anda, El-sita, vamos a escribir unas cartas a máquina... ¡Cuando yo me propongo una cosa!... (*Vase lateral derecha.*)

ELSA.—(*A Rafael.*) ¿Vendrá luego Juanito?

RAFAEL.—¡Qué duda coge! ¡Si lo tiene usted hecho un terrón de amor!

ELSA.—Los andaluces son muy exagerados.

RAFAEL.—Pero ése se coló hasta el alma. ¿Ha' vuelto a respirar Manolito Puchol?

ELSA.—Me escribió varias veces...

MIGUE.—¡Se va a derretir de pasión de ánimo!, como el por-tugués.

RAFAEL.—(*Insinuante.*) ¡Es que la imagen merese un rato muy largo de adoración!

ELSA.—No me coloque tan alta.

RAFAEL.—Para usted todo elogio resulta chico.

MIGUE.—Tú duermes sin perro, Juncal.

RAFAEL.—Porque no tengo miedo a nada ni a nadie; lo que llevo en el corazón sube a los labios y ¡allá va eso!

MIGUE.—¡Eres muy grande!

TÁRSI.—(*Sale primera izquierda.*) Dice la señora que vaya a teclear en la máquina...

ELSA.—(*A Miguelito.*) Cuando venga Juanito entras en el despacho con cualquier pretexto y me haces una seña. ¡Dichosas reformas de la academia; me tienen frita! (*Vase lateral izquierda.*)

TÁRSI.—(*A Rafael.*) Ya se lo he dicho...

RAFAEL.—(*Con ansia.*) ¿Y qué respondió?

TÁRSI.—¡A ese tío marchoso le voy yo a dar lo suyo!... Me golvió las espaldas, se metió en el comedor y ya no soltó palabra' más!

MIGUE.—(*Señala el foro.*) ¡Tienes un talento que no te coge en la cabeza! ¡Retírate!

TÁRSI.—(*Aparte.*) ¡Tonta seré, pero bien que os jorobo a todos! ¡Me decís por aquí, pues me voy por allí! (*Vase lateral izquierda.*)

MIGUE.—A ti esa carta urgente que has traído te importa un pimiento. Tú vienes a armar bronca con la gitana', y eso no puede ser, Juncal.

RAFAEL.—¡Es mucho adivinar!...

MIGUE.—Allá lo veremos.

CARMEN.—(*Sale foro.*) Como Társila la pobre es tan torpe, no entendí palabra' del recado que me mandaste por ella...

RAFAEL.—Me alegro; así me responderás frente a frente si te decides por fin a ir esta noche a la fiestecita donde t'han invitao...

CARMEN.—Yo voy a la Embajada norteamericana con mister Franc, y para bailar me acompañará el Niño de Granada. ¿Qué pasa'?

MIGUE.—¡Por tu entrometida madre, no armes gresca, Juncal!

RAFAEL.—A ese extranjis le soplo yo dos palabritas a un palmo de la oreja, a usanza de la Caballería Rusticana, y tú te quedas en casa.

CARMEN.—¡Hombre, me gustaría presenciar ese pasaje de la ópera! ¡Pero del dicho al hecho!...

RAFAEL.—Yo digo y hago.

CARMEN.—Pues yo, sin echármela tan de valiente, te vuelvo a repetir que esta noche voy a la fiesta que para honrar a mi humilde persona se va a dar, y que el baile me lo acompañará a la guitarra el Niño de Granada.

MIGUE.—(*Aparte.*) ¡Agárrate, Miguelito, que hay viraje!

RAFAEL.—(*Con desprecio.*) ¡Sabe Dios con los fines que tú irás a ese sitio!...

CARMEN.—(*Con desprecio.*) ¡Tienes tan encanijao el espíritu, que en tu corazón no anida ni una idea noble!

MIGUE.—¡No lo trates así, Carmelita!

CARMEN.—Hasta hoy lo traté mejor de lo que se merece.

MIGUE.—¡El hombre viene a la querensia...

CARMEN.—Pues que vuelva grupas y que deje vivir a cada uno como Dios le dé a entender, sin ponerle chinias que estorben su camino...

CHARI.—(*Sale foro.*) Maestra, le acaban de traer a usted una bata que hay para perder el sentido.

CARMEN.—Vamos a' ver si eso es verdad, Charito... (*Medio mutis.*)

RAFAEL.—(*La coge del brazo.*) ¡Piensa bien lo que vas a hacer, Carmelita!

CARMEN.—Pues vestirme ahora mismo y darme cuatro pataditas para entrenarme. ¡Eso haré! ¡Quiero bailar esta noche como los propios ángeles!

RAFAEL.—¡Qué pronto tiraste al arroyo nuestro cariño!

CARMEN.—(*Reconcentrada.*) ¿Y tienes valor para decirme a mí que fui yo misma quien se hizo añicos el corazón?

RAFAEL.—¡Lo que se rompe se puede componer!

CARMEN.—(*Fría.*) ¡Hay cosas que no tienen soldadura! ¡Aquello se rompió pa siempre, Rafael!

RAFAEL.—Me desesperas con tu frialdad.

CARMEN.—(*Guasona.*) ¿Y para qué apenarte, si a tu mano vienen las mujeres a comer el alpiste como los pajaritos? (*Vase foro derecha.*)

CHARI.—(*A Rafael.*) ¡No se pueden tener tantas adoratrices a un tiempo! Eso del alpiste lo dijo usted en Negresco, refiriéndose a Mariquita la Risueña, y la maestra sa enterao.

RAFAEL.—Lo dije en broma.

CHARI.—Pues ha resultao de veras. Voy a ayudarla a poner la bata para que cuando llegue el yanqui le entre una al-

feresía al verla' tan divina. (*Vase foro derecha mirando provocativa a Rafael.*)

RAFAEL.—¡Maldita sea la hora que traje a esta casa la sogá pa ahorcarme!

MIGUE.—No hagas caso a esa' chiquilla descarada, que sólo quiere picarte la cresta.

RAFAEL.—(*Desesperado.*) ¡Carmelita me está dando marcha, Libélula! ¡Me está haciendo pasar achares con ese hombre, y estoy ya más negro que si hubiera nacido en el trópico!

MIGUE.—¡Con tus celos estúpidos vas a estropear el negocio financiero más bonito que se ha planeao en España!; ¡y mira que en esta' tierra se discurren cosas grandes!

RAFAEL.—¡No me hables de dinero cuando tengo el alma hecha pedazos!

MIGUE.—Tú, triste y melancólico por una mujer y desperdiando una fortuna que te viene a las manos como llovida del sielo. ¡Aunque me lo jures por las onse mil vírgenes, que son las santas de tu devosión, no te lo creo! ¡Deja que Carmelita haga su avío, porque tú te has portao como un charrán con ella, y vamos nosotros a lo nuestro!

RAFAEL.—¡Esa maldita gitana me amargó la fiesta!

MIGUE.—¡Alto ahí, Juncal! Les aferes son les aferes y les amigues son les amigues. Esto me lo dijo Carolina Otero cuando se enamoró de mí en París, y no lo he olvidado en la vida. Deja el amor a un lado y vamos a hablar del negocio, que esta noche sin falta se le va a exponer a míster Franc.

RAFAEL.—Lo único que me consuela es que me voy a vengar de ese tío y a reírme de él a costa de sus pesetas.

MIGUE.—¡Ahora te has puesto en razón! Yo no sueño más que con ese dinero. ¿Ves lo que a mí me gustan las mujeres? Pues me vienes hoy a ofrecer la Venus de Milo en una bandeja y te respondo que la vuelvas a tirar al río para que se la coman los cocodrilos.

MIGUE.—¡A los pies de mi confesor no diría otra' cosa! Anda a Pidús y dile a Juanito que venga en seguida, y después de ganada la batalla con el yanqui te diré una martingala para haser que se vuelva loca por ti la' gitana.

RAFAEL.—¡Vamos a ver si dices una sola verdá en tu vida!

MIGUE.—¡Trasteo yo muy bien al bello sexo... Anda al café y tráete pa acá al malagueñito. (*Lo empuja foro.*)



RAFAEL.—Pues hasta ahora mismo. (*Vase.*)

MIGUE.—(*Limpiándose el sudor.*) Me he quedao seco de tanto hablar. Vamos a echarnos al colete unas copitas der Tío Pepe y después Dios dirá. (*Al salir tropieza con Dalila.*)

MIGUE.—Perdone, doña Dalila, que ha sido sin querer.

DALILA.—¡Salvaje, me destrozó un pie!

DALILA.—Lo hizo a propósito, porque es usted muy ruín.

MIGUE.—¡Yo qué lo voy a hacer aposta si no quiero ofenderla ni con el pensamiento!

DALILA.—(*Le coge del brazo.*) ¡Estoy harta de sus ordinarieces!

MIGUE.—¡No me amargue usté el caldo que me bebo, señora, y déjeme el ánima quieta!

DALILA.—(*Se acerca mucho.*) ¡Y el día en que me canse de aguantarlo le voy a dar un pie de paliza' que va a tener que venir a socorrerlo la Cruz Roja!

MIGUE.—Retírese un poco, por favor, que me da mucho miedo el contagio de la siquicosis.

TÁRSI.—(*Sale foro.*) ¡Que viene mística Franc!

DALILA.—¡Queda el mach aplazado, señor Botellas! Raute-fuso. (*Vase lateral derecha.*)

MIGUE.—El Musolini este con faldas. (*Vase lateral izquierda.*)

(*Salen foro Manolo y Franc; éste lleva frac.*)

MANOLO.—¡He venido porque no puedo resistir más, mística Franc!

FRANC.—¿Qué le sucede?; hable con toda confianza... Yo soy muy buen amigo suyo, señor Puchol; ¡yo le estimo mucho! (*Le indica que se siente.*)

JUAN.—Hoy he sabido que Elsitita está enamorada de Juan Cruz, y que ésa fué la causa de que me rechazara.

FRANC.—¿Pero usted lo sabe ciertamente?

MANOLO.—¡Sí, señor; se enamoró de ese farsante, que pretende engañarla, como pretende engañarle a usted!

FRANC.—¿A mí, con qué objeto?

MANOLO.—En compañía del Juncal quieren sacarle dinero, fingiendo que van a montar un negocio para dedicarse de lleno al trabajo. Confíen en la protección que dispensa usted a todos los que desean ganarse honradamente la vida.

FRANC.—¡No está mal urdida la trama! Sigue, sigue, que me interesa.

MANOLO.—Esta' mañana vino Társila a mi casa a devolverme una carta ¡que no quiso ni abrir!, y al ver la pobre muchacha mi desesperación, me confesó toda la verdad; yo, al saberla, me decidí a venir para desenmascarar en presencia de ustedes a esos miserables.

FRANC.—Muy interesante... Sigue.

MANOLO.—Para tener un fuerte apoyo querían que el asunto se lo expusiera Carmelita Reyes.

FRANC.—(*Frunce el ceño.*) ¿Pertenece Carmelita también a esa cuadrilla?

MANOLO.—¡Qué disparate! Carmen es buenísima y no sabe una palabra, porque cuando indirectamente le indicó Rafael que la necesitaba para que le pidiese a usted un favor, se negó rotundamente a escucharlo.

FRANC.—(*Alegre.*) ¡Eso me gusta, eso está perfectamente bien! ¿Sabes tú cuánto pensaban pedirme?

MANOLO.—Seis millones dos mil pesetas.

FRANC.—(*Ríe.*) ¡Qué pico más gracioso! Los españoles son muy parcos para emprender negocios; puestos a ello, debieron de triplicar la cifra.

MANOLO.—¿Pero aún le parece a usted poco?

FRANC.—¡Yes!

MANOLO.—Ya los tenían repartidos.

FRANC.—(*Muy alegre.*) ¡Qué divertida aventura! Sigue, sigue...

MANOLO.—Miguelito...

FRANC.—¡Oh! ¿Miguelito Botellas también es un bandido? ¡Qué simpático!

MANOLO.—Ese encuentra muy natural que los americanos vengán esparciendo los dólares como el maná.

FRANC.—¡Delicioso!

MANOLO.—¡Y Juanito Cruz quiere ir a Montecarlo, en compañía de Elsa, a jugarse el dinero que le corresponda.

FRANC.—¡Choquin!

MANOLO.—¡Es un miserable! Yo todo lo he deducido de la pintoresca jerga con que me relató el asunto esa' pobre muchacha.

FRANC.—¿Pero y el famoso pico de las dos mil pesetas? Yo

quiero saber para qué era destinado ese pico... (*Manolo duda.*)  
Habla' sin miedo.

MANOLO.—Esas eran para tomar en traspaso una modesta cacharrería y que una pobre mujer se ganara modestamente la vida.

FRANC.—¡Hurra! Gracias a que oigo algo digno de tenerse en cuenta. Dile a Társila que le daré doce mil pesetas: dos para sus cacharros y diez de regalo por haber descubierto los graciosos planes de esos caballeros.

MANOLO.—¿Pero usted cómo sabe que Társila...?

FRANC.—¡No hace falta' ser muy listo para comprenderlo, Manolito!

MANOLO.—¡Cuánto daño me hizo ese hombre, míster Gualter! Con su gran práctica para conquistar mujeres mareó a esa inocente niña y deshizo el hogar que yo iba a formar con ella. ¡La hubiera hecho muy feliz, porque la amo con toda mi alma!

FRANC.—¡Yo traje a esta casa a Juanito Cruz!... Por causa' mía se puso en relaciones con Elsa; a mí me toca, pues, deshacer este enredo y devolverte ese corazoncito que él te robó.

MANOLO.—(*Le coge las manos.*) ¡Si hace usted eso le deberé más que la vida!

FRANC.—Franc Gualter cumple siempre lo que promete. Y de esta entrevista, mucha reserva para que no se pongan en guardia. ¡Silencio, pues, y a esperar tranquilos los acontecimientos, Manolito Puchol!

(*Aparece Carmen en el foro vestida de cola, y haciendo una graciosa pos, espera, coqueta, el aplauso.*)

FRANC.—¡Olé tu mare! Bendita sea la hora en que viniste al mundo, gitana sandunguera.

CARMEN.—¡Olé los hombres salerosos que saben piropear a las mujeres en español castizo!

MANOLO.—¡Qué linda está usted!

FRANC.—¡Qué hermosas son las mujeres de esta divina tierra! ¡Cuánta luz puso Dios sobre ellas!

MANOLO.—¿Dónde baila esta noche?

FRANC.—¡La' presento yo en mi Embajada!

CARMEN.—¡Tengo una emoción!

MANOLO.—¡Deseche el miedo! Los extranjeros se entusiasman con los bailes españoles, y usted es una gran artista.

TÁRSI.—(*Desde lateral izquierda.*) Don Manolito, dice la señora que haga el favor de pasar al despacho. (*Vase izquierda.*)

FRANC.—¡Silencio!

MANOLO.—¡Será usted complacido! (*Vase izquierda.*)

CARMEN.—(*Coqueta.*) ¿Le gusto de verdad?

FRANC.—Un rato muy largo...

CARMEN.—Cuando me estaba vistiendo pensaba: ¿Le pareceré bonita a míster Franc?

FRANC.—Suprima el míster; para usted sólo quiero ser Franc, ¡sólo Franc!

CARMEN.—(*Azorada.*) Este traje es propio para bailar flamenco.

FRANC.—Sólo le falta a usted un pequeño detalle.

CARMEN.—(*Mirándose.*) ¿Cuál?; no caigo...

FRANC.—(*Saca un estuche.*) Estos antiguos pendientes serán el complemento de su tocado.

CARMEN.—¡Usted me trata con un afecto y una delicadeza a la que no estoy acostumbrada! (*Se quita emocionada los pendientes y se los da a él.*) ¡Son una preciosidad!... ¡Demasiado!

FRANC.—No me atrevo a ayudarla.

CARMEN.—¡Gracias!... ¡Ya están!

FRANC.—¡Qué bella!, ¡qué bella!

CARMEN.—¿Cómo pagarle tantas atenciones?

FRANC.—Con un poquito de cariño me contento.

CARMEN.—Pues entonces esté muy alegre, porque lo voy a querer mucho.

FRANC.—¡Eso lo dice para verme completamente dichoso en esta noche de fiesta!

CARMEN.—Le juro que hay una voz que me dice aquí dentro que va usted a ser una cosa muy grande en mi vida.

FRANC.—¡Carmelita, no me engañes! ¡Mira que sería muy cruel el engañarme!

CARMEN.—Me siento atraída hacia usted de una manera que no sé explicarme... Cuando estoy a su lado parece que muchas personas me protegen a un tiempo, ¡que nadie me puede ofender, y al pensar que dentro de pocos días se va tan lejos, me pongo muy triste, porque me abandonará para siempre!

FRANC.—¿Sientes que me vaya?

CARMEN.—¡Muchísimo!

FRANC.—¡Me olvidarás! Aquí tienes afectos que llenan tu corazón.

CARMEN.—Mis padres murieron y al hombre que un día quise, hoy le aborrezco. ¡Estoy muy sola en el mundo, mister Franc; tan sola que muchas veces que lloro no hay una mano amiga que enjague mis lágrimas! (*Llora.*)

FRANC.—(*Le limpia las lágrimas con su pañuelo.*) Desde hoy no estarás sola, Carmen...

CARMEN.—Ahora le repito a usted sus palabras. ¡No me engañe, porque sería muy cruel el engañarme!

FRANC.—¿Tú me crees capaz de eso?

CARMEN.—¡No! Hay demasiada nobleza en su corazón para jugar con los sentimientos de una pobre mujer, que no le hizo a usted daño ninguno.

FRANC.—Pero, a cambio de lo que te voy a dar, te voy a pedir una cosa..., ¡sólo una cosa!

CARMEN.—(*Con afán*) ¡Diga usted cuál!

FRANC.—¡Que seas buena!, y por tu bondad vas a tener cuanto una mujer puede soñar para ser feliz sobre la tierra: lujo, riqueza, consideración social y ¡mucho amor!

CARMEN.—¡Venga sólo el amor, que lo demás nada me importa!

FRANC.—¡Española neta! El grito espontáneo de la mujer española: ¡Amor! ¡Sólo amor!

CARMEN.—¡Porque es la única verdad que hay sobre la tierra!

MIGUE.—(*Sale foro.*) Con su permiso.

FRANC.—¡Tú no eres oportuno, Miguelito Botellas.

MIGUE.—Perdone, pero como Juanito Cruz y Rafael quieren pasar a hablar con usted, entré yo antes a pedirle su venia...

FRANC.—Que pasen.

(*Vase Miguelito foro.*)

ELSA.—(*Sale lateral derecha y saluda a Franc.*) Carmelita, el Niño de Granada te llama al teléfono.

CARMEN.—Vamos a ver qué quiere. (*Vase lateral derecha.*)  
(*Salen foro Rafael, Juan y Miguelito.*)

JUAN. }  
RAFAEL. } (*Saludan.*) Muy buenas noches...

JUAN.—(*A Franc.*) ¿Podríamos hablar con usted sobre un asunto de mucho interés?

FRANC.—Si no es muy larga la exposición...

RAFAEL.—Regular...

FRANC.—Entonces lo dejaremos para mañana, si les parece...

RAFAEL.—Sí, míster, nos parece muy bien.

JUAN.—(A *Elsa*, a *media voz*.) ¿Con quién vas al teatro por fin?

ELSA.—Con las de Téllez; puedes subir al palco desde luego.

FRANC.—Juanito Cruz no subirá a tu palco.

ELSA.—(Alto.) ¿Y quién es usted para impedirlo?

FRANC.—Un antiguo amigo de tu madre que quiere librar-te de un hombre poco escrupuloso en cuestiones de honor.

JUAN.—¡Míster Gualter, esas palabras!...

FRANC.—Las sostengo.

JUAN.—Y yo no las tolero.

FRANC.—Baja la voz, porque este incidente tiene que quedar entre nosotros. Es preciso que la Santelmo no se dé cuenta de nada...

JUAN.—(Reconcentrado.) Exijo una explicación inmediata en presencia de esta señorita.

FRANC.—Perfectamente clara la vas a tener delante de Elsa; quiero que vea que le finges un amor que no sientes, para destrozarle después el corazón sin piedad. (*Rafael y Miguelito van a salir disimuladamente foro.*) ¡Alto! No os vayáis, que es también muy interesante para vosotros lo que vais a oír.

ELSA.—No comprendo nada de lo que dice.

FRANC.—Pues escucha y lo comprenderás. Estos hombres no son dignos del aprecio de las personas decentes.

MIGUE.—(Aparte.) ¡Miguelito, que esto se complica!

RAFAEL.—(Alto.) Explique los motivos que tiene para hablar así.

FRANC.—(Mira a *Elsa*.) Querfais destrózar el honor de una pobre niña y engañarme a mí, guiados sólo por el capricho y la ambición. ¡Nada de protestas, señores, porque me consta que es verdad cuanto digo!

JUAN.—¡Yo quiero a Elsa con toda mi alma, y no hay quien pueda afirmar lo contrario!...

MANOLO.—(Sale foro.) Yo afirmo que eres un solemne embustero.

JUAN.—El despecho te hace ser insolente.

MANOLO.—El hombre que ama de verdad a una mujer sabe

hacer frente a la vida, ofreciéndole un honrado hogar al mismo tiempo que su amor; pero nunca que se fugue en su compañía para exhibir su belleza en Montecarlo, mientras él se juega a la ruleta el dinero que estafó a un amigo.

JUAN.—Esos son infundios tuyos.

MANOLO.—¡No mereces más que mi desprecio!

JUAN.—(Va hacia él.) A mí no me desprecias tú.

ELSA.—(Llorando.) ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza!

FRANC.—(Sujeta a Juan.) ¡Basta! Esta casa no es nuestra y los hombres arreglan sus asuntos de otra manera.

JUAN.—(Le da su tarjeta.) Mañana le enviaré a usted dos amigos.

FRANC.—(Sonriente.) ¡Viejas costumbres de Europa! ¡Los caballeros que se baten a estocadas! Aquello ya pasó a la historia, Juanito Cruz. Guarda tu tarjeta y no molestes a tus amigos. Todo lo que aquí se diga es gastar pólvora en salvas. ¡A solas, señores, a solas! y en sitio cerrado, donde nadie pueda acudir para evitar los puñetazos.

MIGUE.—(¡Mi madre, qué tío más bruto!)

ELSA.—¡Si mi madrina se entera me muero!

FRANC.—(Se acerca a ella.) Te prometo que no lo sabrá, y ahora estate contenta, porque esto fué sólo una pequeñita lección que te hará mucho provecho en la vida. ¡Nunca te fies de las apariencias, busca el fondo! ¡El corazón, Elsita, el corazón tan sólo!

ELSA.—(Levantándose.) ¡Qué manera de engañarme y de fingir! ¡Cuánta falsedad, Dios mío!

JUAN.—Escucha, por favor...

ELSA.—¡No me vuelvas a hablar más en tu vida!; ¡no te acerques! (Vase lateral izquierda.)

MANOLO.—¡Elsa!

FRANC.—(Le coge, cariñoso, del brazo.) Déjala marchar, que ella volverá a ti, no lo dudes, Manolito Puchol. (Hablan bajo.)

JUAN.—(Bajo a Rafael y Miguelito.) ¡Caballeros, aquí ya no hay nada que hacer!

RAFAEL.—Sí no fuera por doña Rocío, me lo fiascaba... ¿Pero cómo se enteró de lo nuestro?

MIGUE.—Ha sido la paleta la que fué con el soplo.

JUAN.—¡Mal tiro le den en el corazón! Salgamos con disimulo, que ahora no se fijan en nosotros.

RAFAEL.—Cuando coja solo al yanqui lo hago cisco. (*Van-se foro los dos.*)

MANOLO.—(*Ríe.*) ¡A éstos no los alcanza' un galgo!

MIGUE.—¡Llevan los pobres un canguelo en el cuerpo! Son muchos puños los de mister Franc, don Manolo.

FRANC.—Oye, Miguelito, yo quiero saber lo que tú ibas a hacer con mi dinero.

MIGUE.—¡Le juro por su salú...!

FRANC.—Jura por la tuya por si me engañas.

MIGUE.—Bueno, por la mía, sí, señor, que soy incapaz de jugarle una mala partida a un caballero tañ noble como usted y que protestaba indignado de la canallada que querían haser ese par de sirvergüensas.

FRANC.—Tú metes más mentiras que una Gaceta, Miguelito Botellas; pero como bailas muy bien las seguidillas te perdono.

(*Dalila sale foro vestida de baile con una pieza de música en la mano.*)

MIGUE.—¡La mariposa que voló sobre el mar!

(*Dalila le dirige una mirada de desprecio.*)

DALILA.—¡Que son las once!, y a esos sitios hay que llegar puntuales.

MANOLO.—¿Va usted a cantar, doña Dalila?

DALILA.—Si me lo suplica mucho el embajador, cantaré la Traviata.

MIGUE.—¡Y que por este cachivache pierda yo el pan!

(*Salen foro Rocío y Charito, que lleva al brazo el mantón de Carmen; ésta sale lateral izquierda, trayendo cogida por la cintura a Elsa.*)

ROCÍO.—(*A Carmen.*) ¡A ver si al dar las vueltas echas con gracia la cola hacia la izquierda! El cuerpo erguido y arrogante, los ojos lánguidamente entornados y amorosos.

CARMEN.—¡No padezca, maestra, que eso lo haré hoy muy bien!

ROCÍO.—Va' usted a presentar a sus compatriotas una de las bailarinas más notables de España.

FRANC.—¡Antes que a la artista les presentaré a la futura esposa' de Franc Gualter, querida Rocío!



CARMEN.—(*Va a los brazos que le tiende Rocío.*) ¡Maestra de mi alma!

ROCÍO.—¡No llores, y da' gracias a Dios por tu suerte, chiquilla!

MIGUE.—¡Que sea enhorabuena, doña Carmen!

MANOLO.—(*Le da la mano.*) ¡Con todo mi corazón, Carmelita!

CHARI.—(*Besándola.*) ¡Qué alegría más grande, maestra!

DALILA.—(*Aparte.*) (Le hizo tantos dengues que lo pescó. ¡Coqueta!) ¡Vamos, vamos, señores!

CARMEN.—(*Poniéndose el mantón.*) Manolo, quédate un ratito con doña Rocío. ¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz!

FRANC.—(*Ofreciéndole el brazo.*) ¡Y yo qué orgulloso voy contigo!

ROCÍO.—(*Yendo con todos hacia el foro.*) ¡Pon tu alma entera al bailar, hija mía!

MIGUE.—¡Adiós mi hotelito! ¡Y fué la paleta! ¡Maldita sea su estampa!

## TELON



# LA FARSA

Publicación semanal  
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las  
de más prestigiosos autores; las  
que más expectación hayan des-  
pertado, las encontrará usted en

## LA FARSA

### EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, 18.--Madrid.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

# LA FARSA

está a la venta en la

Librería y Editorial Madrid

Arenal, 9 - MADRID

Donde puede usted suscribirse, ad-

quirir el número de la semana

y los números atrasados que

falten para completar

su colección



Las mejores máquinas

**D A L T O N**

para sumar.

**DEMOUNTABLE**

para escribir.

**MERCEDES EUKLID**

para calcular.

**MERCEDES ADDELECTRA**

para Contabilidad y Estadística.

AGENTES GENERALES EN ESPAÑA:

**JOSE LEBLANC, S. A.**

Avenida del Conde de Peñalver, n.º 7.

Teléfono 51835.

Apartado de Correos 381 C.